



OFFSIDE (Una historia familiar dada la vuelta)

Antonio Tinajas Puertasⁱ

Centro de Psicología Clínica y Psicoterapia Auxanô, Cáceres, España

Cita bibliográfica / Reference citation:

Tinajas, A. (2007). Offside (una historia familiar dada la vuelta). *Clinica e Investigación Relacional*, 1 (1): 246-292.

[http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen11Junio2007/CeIR_V1N1_2007_15A_Tinajas/tabid/274/Default.aspx]

NOTA PRELIMINAR

En el presente trabajo tratamos de describir desde una perspectiva transgeneracional e intersubjetiva el contexto familiar en donde, a modo de un mamón de olivo, emerge y se desarrolla la vida de una persona que un día trata de compartir conmigo su sufrimiento.

Este estudio no consiste en la exposición clásica de un “caso clínico” ni trata del desarrollo de su proceso terapéutico pero sí es desde mi vivencia como terapeuta de un caso excepcional que al cabo de muchos años de trabajo conjunto, casi ocho de terapia psicoanalítica (Wallerstein, 1986)) más otros trece de seguimiento a partir del año de la finalización, que escribo, escribimos estas líneas.

Si bien desde el primer renglón queda claro que la sistematicidad y rigurosidad de una exposición científica brillan por su ausencia mi intención ha sido que empero no quedara absolutamente anulado tal valor “científico” a tenor del espíritu y de la metodología que rige el análisis del caso.

Del paciente:

Trata pues el presente sobre el trabajo psicoanalítico realizado por un paciente que acude a nuestra consulta derivado de un prestigioso instituto psicoanalítico de orientación freudiana. En ese centro se sometió a un completo estudio psicopatológico que tuvo como resultado el diagnóstico -clásico- de neurosis obsesiva grave con importantes núcleos paranoides.

Por entonces Arturo tenía 24 años, hacía seis meses que había contraído matrimonio y era arquitecto de profesión aunque no había ejercido como tal. Recientemente había conseguido trabajo como administrativo en una Asesoría Fiscal y Laboral.

Observada con atención la vida de Arturo era una vida de marioneta. Se creía a pies juntillas el papel que en ella representaba donde, por una lado sentía ser una persona satisfecha, exitosa, con sus raíces bien plantadas en una infancia igualmente feliz bajo el refugio y protección de una familia de origen acomodada, unida, fuerte y también, feliz.

Era el cuarto hijo de seis hermanos (dos hombres y cuatro mujeres) y por sus venas discurría la recia sangre de sus venerables ancestros y este hecho era motivo de orgullo y

una especie de escudo protector garante de la exposición confiada al mundo de los mortales. Poco importaba entonces que viviera a más de trescientos kilómetros de su familiar más cercano: no existía tal distancia. Pero por otro lado, ¿cómo encajaban entonces los profundos sentimientos de oquedad, de vacío, de soledad, inseguridad y miedo que cada vez más frecuentemente asaltaban sin piedad su corazón? ¿dónde la angustia y el sentimiento de fracaso? ¿dónde las quejas de su pareja sobre sus obsesiones, sus manías, sus celos, sus agresiones, sus olvidos? ¿dónde colocar sus continuos dolores de cabeza, sus anginas crónicas, sus fiebres repetitivas, su extremada delgadez?.

Más, quizás, para que otro pudiera asistir al emocionante relato de su vida que fruto de un genuino sufrimiento consciente y una necesidad consciente de cambio que sin duda alguna latía en lo profundo de su ser, Arturo comienza una psicoterapia psicoanalítica de larga duración a un ritmo de dos sesiones semanales que se extenderá a lo largo de 7 años y 8 meses.

El hecho determinante es que comienza su trabajo personal.

Del estilo:

El estilo narrativo de buena parte del presente trabajo (un trabajo que no lo parece) es importante: recurre el relato novelado en primera persona y trata con ello de expresar, por un lado, la dominancia y ascendencia que la historia familiar tenía sobre el sentir del paciente y por otro, trata de reflejar la óptica con la que el sujeto contemplaba su modo de ser en el mundo, desde la distancia y como participante de una especie de rígida leyenda familiar que desde afuera se percibía únicamente como un envoltorio de -y esto es lo terrible- un sujeto absolutamente vacío, es decir, envoltorio de nada, aparentemente sin sentido por no disponer de raíz alguna en lo real aunque poco a poco descubriremos que esta especie de carcasa reducida *casi* a sí misma poseía la importante misión de permitir sobrevivir a la persona a su propia historia.

A lo largo de los años iniciales del tratamiento el paciente fue lentamente aceptando introducir pequeñas cuñas de realidad en su discurso *casi* delirante, tan poético como vacío y *casi* absolutamente blindado a cualquier tipo de conmoción emocional externa al mismo.

Es por ello que en el texto y entremezclado con el discurso de Arturo van menudeando (correlativamente a la mayor receptividad del paciente a otros puntos de vista distintos al suyo) los fundamentos teóricos donde se apoyan las interpretaciones del terapeuta que se convertirán en los pivotes de sujeción para el lento cambio que Arturo se permite introducir en la configuración de su mundo afectivo. El lector observará que en un momento posterior tales interferencias desaparecen quedando virgen el discurso del paciente: comenzamos el tiempo del seguimiento posterior a la terapia psicológica, tiempo que continúa ofreciendo un valioso material clínico.

Aunque en muchas ocasiones es difícil establecer exactamente la delimitación, el cambio del tipo de letra en el texto trata de demarcar el discurso del paciente de aquel perteneciente al terapeuta.

De la estructura:

El trabajo está estructurado en una introducción, tres partes principales y una discusión final que, al contrario de lo que suele ocurrir en un trabajo científico al uso, se constituye en la parte argumental fundamental.

La "Introducción" consiste en la exposición de motivos que llevan a nuestro protagonista -no hace mucho tiempo, tal vez un año- a decidirse a escribir el sentido que tuvo para él su

historia. Por entonces hablamos de ello y me pidió mi colaboración para su proyecto. Nos pusimos manos a la obra y ocurrió que, en una más de las convergencias que hemos ido teniendo a lo largo de tantos años, soy yo quien recientemente tengo la necesidad de pedirle su colaboración para la realización de un trabajo teórico sobre su “caso”. El aceptó y entre los dos hemos construido (¿co-construido?) este escrito que para él es su novela y para mí mi trabajo.

Las tres partes principales se corresponden con tres momentos distintos del proceso terapéutico y del seguimiento posterior:

Parte I: *“Determinantes inconscientes de la formación del sujeto (lugar del infans)”* encuadrada en -pasados los tres primeros años de tratamiento- un período de crítica y síntesis (de lectura entre líneas se podría decir) del guión de vida seguido hasta entonces por el paciente.

Parte II: *“Algunos modos concretos de articulación - en el sujeto y en la fratría - de los secretos, pactos, contratos y alianzas inconscientes”* período que comienza a partir del 5º o 6º año de tratamiento y enmarca la necesidad del paciente de encontrar la génesis y la expresión concreta (*“encarnada”*) de la patología familiar, o de otra manera, los modos de actuación de los mecanismos psicopatológicos que engendra la enfermedad familiar y cómo fueron precipitando sus productos y constituyéndose en una parte importante de su personalidad (*“como si él fuera eso”*).

Parte III: *“Algunas consecuencias individuales y familiares de la denuncia de las alianzas inconscientes (toma de conciencia y acceso a la palabra)”* quizás sea en tiempo el período más largo y a la vez más difícil de explicar o definir dado que en él asistimos al despliegue de las consecuencias externas de los profundos cambios internos que a lo largo de la terapia se fueron dando en el psiquismo de Arturo.

Estas consecuencias de doble dirección son fruto también de retomar Arturo, con fuerza incrementada, las partes sanas de su personalidad (*“partes sanas”* permanentemente presentes aunque en muchas ocasiones a punto de sucumbir a la presión de la patología) que le llevaron, desde siempre, a poder establecer vínculos con personas que sin duda alguna le libraron de la locura definitiva.

Estos vínculos que como maromas de salud psíquica le amarran a la realidad se enriquecen y se extienden mucho más allá de la finalización de su tratamiento principal fortaleciendo a modo de *feed-back* los progresivos y saludables cambios que Arturo va dando en su vida siendo, finalmente, la crisis afectiva en él surgida ante la realidad de su segundo hijo -nacido mucho tiempo después de finalizar su tratamiento (a sus cuarenta años)- el detonante de la liquidación definitiva del resto de vínculo interno que aún mantenía con su *familia interna*.

Este período se extiende desde el 6º o 7º año de su tratamiento hasta la actualidad, es decir, cerca de quince años de su vida.

La posibilidad de asistir de cerca durante tanto tiempo al desarrollo de esta vida y de contar con la ayuda del protagonista para escribir su historia es lo que para mí convierte en absolutamente excepcional este caso.

No es necesario aclarar que no se trata de períodos estancos sino que realizamos un artificio necesario y que como en cualquier otro proceso de orientación psicoanalítica, y a pesar de que los fenómenos se entremezclan intercalándose momentos regresivos con otros más progresivos -el análisis con la síntesis- ello no es obstáculo para poder observar

que a lo largo del tiempo de la terapia se presentan períodos en los que predominan determinadas posiciones evolutivas respecto a otras que se dan en otros momentos, todo ello en una línea de decantamiento progresivo hacia (si las cosas van medianamente bien) una posición personal y existencial menos angustiada, más libre.

Este aspecto no es considerado aquí desde el desarrollo y evolución de la relación transferencial, sino -y esta óptica es la que pretende destacar nuestro trabajo- el cambio en la cualidad de la relación fantasmática que el sujeto mantenía con la "*leyenda familiar*" que le "*constituía*" como sujeto para hacer posible, y dar paso sólo después, a la consideración de la evolución de su relación con su familia de origen (más real, menos fantasmática) y la reacción enferma de esta -como grupo enfermo- ante quien osa desafiar sus designios inconscientes.

Como hemos dicho defenderemos que estos cambios y reacciones fueron posibles unos y consecuencia de ello otras gracias al sostén de las relaciones sanas que el sujeto supo establecer y mantener a lo largo de su vida, posibilidad que se vió incrementada a raíz de los cambios estructurales en su personalidad fruto de su tratamiento psicoanalítico.

Por otro lado, la violencia de la reacción familiar no provoca que Arturo sucumba, más bien al contrario estimula dolorosamente la liquidación del conflicto existencial del sujeto que obtiene su expresión paradigmática en el crisol de la relación con su segundo hijo.

Desembarazado el paciente de una vida que le fuera prestada puede llegar al pleno sentimiento del derecho a una vida propia, asumiendo las pérdidas de lo que nunca tuvo y aceptando el riesgo y la responsabilidad sobre su capacidad de amar y trabajar, tratando de llegar a hacerlo, como Freud decía, satisfactoriamente.

Cada cual sacará su conclusión al igual que será tarea suya (pese a las medidas técnicas señaladas) discernir lo que para mí ya es difícil, cual es aquello que corresponde al discurso del paciente de aquello otro propio de la interpretación del terapeuta sobre el decir del primero y lo correspondiente ni a uno ni a otro, sino a la cesión mutua, a la emergencia del sentido que crece a la sombra de ese tercero engendrado entre mi paciente y yo y del que con tanto cariño nos habla Jessica Benjamin (Benjamin, 2004)).

Tanto los nombres y apellidos de los distintos protagonistas, como los oficios o profesiones y los distintos lugares donde transcurren los hechos han sido absolutamente modificados, manteniéndose exactos, sin embargo, tanto "el árbol genealógico" de la familia como las edades, fechas o tiempos históricos, acontecimientos, hechos o enfermedades que suceden a/y entre los familiares.

Igualmente se respeta la equiparidad de nombres inter e intrageneracionales, por ejemplo, si originalmente el bisabuelo y su hijo se llamaban igual, pongamos Isidoro, aquí también se llamarán los dos igual, pongamos Felipe.

Para este trabajo hemos contado con el permiso y la inestimable ayuda de su protagonista. Los dos hemos terminado un poco tristes pero también satisfechos.

Ahora es el lector quien tiene *la palabra*.

En Cáceres, Junio de 2006.

“...el pasado es inmutable pero nosotros podemos, sin embargo, aislarnos de nuestra historia. La historia difiere del pasado en que este último es simplemente una colección de sucesos mientras que la historia es una creación que refleja nuestra memoria consciente e inconsciente del pasado, así como nuestra representación personal y colectiva y nuestras distorsiones e interpretaciones de ese mismo pasado. Al aislarnos de la historia, del diálogo que nos ha precedido y, en cierto sentido, nos ha creado en el momento presente, nos hacemos menos capaces de reconocernos y de entendernos plenamente mediante los símbolos, los significados, las ideas, los sentimientos, el arte y el trabajo que creamos. En la medida en que nos aislamos de una parte del discurso quedamos disminuidos porque, en esa misma medida, no existimos para nosotros mismos...” (Odgen, 1986, pags. 14-15).

INTRODUCCIÓN

Acabo de cerrar el libro que me ha regalado Clara este año por mi cuarenta y cuatro cumpleaños. Se trata de una novela de Giorgio Van Straten, escritor italiano -aunque su familia es de origen holandés- bien conocido en su país, y al parecer fuera de él, aunque desconocido hasta ahora para mí. Y le conocí gracias al hermoso título de su último libro “*La memoria de mi nombre*”, título que recoge toda la intención del autor en su novela: explicitar en el papel, sacar fuera de sí mismo lo inscrito en la memoria de su nombre, todo aquello que el devenir familiar fue depositando en aquel que recibe el Nombre y que Giorgio Van Straten porta con orgullo.

Este título no pasó desapercibido a la vista de lince de mi mujer, que por esos días, apenas hace dos meses, estaba ya harta de escucharme hablar justamente de eso mismo, de la memoria de mi nombre.

Y todo porque como otros mil doscientos españolitos dejé de fumar el día 1 de Enero, o bueno, podría pensarse también al revés: dejé de fumar para poder escribir lo que de mí se me escapaba entre las volutas del humo y con cada cigarrillo volvía.

Sea como fuere el caso es que allá por el mes de enero mi mujer me dijo que o bien era capaz de poner en un papel lo que me rondaba por la cabeza y por el corazón o bien la cabeza o el corazón se me iban a romper.

En el mes de Marzo de este revoltoso año 2005, celebrando con nosotros mi cumpleaños, estuvieron nuestros queridos amigos Jaime e Inés con sus hijos Pedro y Camila. Fueron unos días muy bonitos, muy divertidos.

Ellos se atrevieron a dejar las suaves arenas de la tierra alentejana que de momento les

adopta para arriesgarse a pisar el suelo de una casa que cada vez es más la suya, ellos lo sienten y también les asusta, pero estuvieron aquí y leyeron cuatro folios que yo tenía escritos como un fin en sí mismos y sobre los cuales Clara insistía en que desarrollara una novela ¡una novela!, mi novela familiar, mi leyenda familiar.

Tanto Jaime como Inés también me quieren mucho, y también los dos son muy generosos conmigo, así uno y otro me dieron ánimos para lanzarme a ser rico prostituyendo mis cuitas en el negocio editorial, y finalmente, con tanto empuje de los míos y la necesidad de sacar fuera lo que siento, poco a poco, pero que muy poco a poco van saliendo de mí líneas que no estoy seguro de que algún día tomen una forma coherente, pero ahí van quedando.

Y delante de este libro, de este regalo, me pregunto: ¿su descubrimiento es fruto de la casualidad o forma parte de la causalidad que atribuyo constantemente a los fenómenos, a mi mágica creencia en la interdependencia de los hechos psíquicos, somáticos y físicos? No lo sé, lo cierto es que Clara llevaba un mes escarbando y desesperándose entre los estantes de las librerías buscando algo escrito por otro alguien que pudiera ayudarme y que no fuera una mala imitación más del resplandor de “Cien años de soledad”.

Estaba ya cansada y a punto de cejar en su empeño cuando desde un expositor escuchó “¡¡pchí, pchí!! ¡estoy aquí! ¡jaquí!!”, se volvió hacia esa voz y compró mi regalo.

Así que “casualidad casualidad” que se diga no parece mucha porque lograr este libro ha sido fruto de un trabajo de búsqueda sistemática librería tras librería. Entonces cabe pensar mas bien que se trata de un eslabón más de la cadena de fenómenos, unos más llamativos que otros, que nos van conformando como sujetos.

Y como cualquiera puede pensar que querría apropiarme de la idea del bueno de Van Straten dejo dicho aquí cómo va desarrollándose este proceso.

Mi idea es escribirle y hacer partícipe al italo-holandés de mi comunión con su necesidad, si bien, también le diré que entiendo su novela como un homenaje a sus mayores, a los que le fundamentaron en su apellido. Que envidia la posibilidad de sentir ese agradecimiento que se destila entre líneas y que se dirige hacia los que le precedieron en su historia familiar. Envidia su posibilidad de reconocimiento y que sea capaz de sentir una predominante buena intención genuina en las actuaciones familiares. Es más, me parece que sin decirlo utiliza sus enormes recursos de escritor para brindárselos a ellos, es decir, lo que él es ofrecérselo a ellos, a sus muertos, sus queridos muertos.

A mí no me pasa eso. Yo no me siento en guerra con mis predecesores pero no puedo sentir agradecimiento hacia ellos, en ningún caso.

Siento odio, o desapego, siento compasión a veces por alguien, o siento cariño, o nada, o amor hacia unos o hacia otros. Pero no agradecimiento como él llega a decir expresamente por llegar a ser el depositario del devenir familiar, del reloj de oro del tío Benjamín.ⁱⁱ

Yo sé que no lo soy y que a la vez soy depositario. Como todos y cada uno de mis hermanos, por ejemplo, lo son. Pero sé bien que el Longines de oro del abuelo marca el tiempo de mi hermano mayor, el primogénito, desde su muñeca. No le envidia. Y sé, del mismo modo certero, que ese reloj se verá acompañado del brillo del solitario que hoy luce mi padre en su dedo, dedo que si uno no mira con atención puede confundir con el de mi abuelo.

Sí, sé que no soy el elegido ni para el brillante ni para el Longines. Sé que no soy Enrico,

soy elegido más bien como un Iván de segunda. Pero probablemente hubiera sido más fácil aceptar mi condición de segundo, tercero o cuarto si a la vez a mí no se me hubiera hecho depositario más que de esa condición, tan digna como la del primero pero distinta en sí misma. No. En este caso segundo no es igual ni a segundón. Y esto es injusto. Injusto porque ni siquiera, en mi afán de hacerme rico, puedo vender de segundas las dos patéticas pipas que recibo como herencia de mi abuelo porque las dos están rotas, ¡no! ¡que es broma hombre!

Pero como quien no quiere la cosa, se van cediendo los atributos.

Es el peso de la historia lo que silenciado hace daño.

Duele que no se hable lo que en la familia Van Straten se habla directamente con unos y con otros.

Y es importante y necesario reconocer el orden de las cosas. La jerarquía. En los Van Straten jerarquía y preferencia no van de la mano, sin embargo siento que en mi familia hablar de jerarquía avergüenza porque implica preferencia. Pero preferencia atroz, desprecio hacia el orden jerárquico porque el segundo implica amenaza. Enrico nunca sintió a Iván como una amenaza.

Y la cuestión más grave es que si “el preferido” es el finalmente amenazado, si el segundo ha de ser aniquilado en pro de la seguridad del primogénito ¿es que el primero es realmente preferido?.

Pienso que en mi familia esto no se puede ni se debe entender fácilmente, sin embargo es lo que yo entiendo y lo que me impide cualquier posibilidad de agradecimiento.

Esto le diré con mucho cariño a Giorgio, vamos, que envidia su suerte.

1. Determinantes inconscientes de la formación del sujeto (lugar del *infans*)

“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar la tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo” (García Márquez, 1967, pag. 1).

Mi nombre es Arturo Tresmares. Mi segundo apellido es Paz que, como mi segundo nombre -Alvaro- apenas significa nada en mi historia oficial. Es un hecho que por la rama de mi madre, en mí, su apellido no existe. Sólo tengo una madre sin apellido: mamá.

Se asombrarán del papel de la mujer en esta historia.

Voy a comenzar por donde yo recuerdo más uno, veamos: mi tatarabuelo se llamaba Adolfo Tresmares y como en mi caso, lo de menos es su segundo apellido. Esto que valga así, un poco, como de modo general para las sucesivas generaciones. Mi bisabuelo se llamaba Adolfo Tresmares (literal y gráficamente le apodaremos “El Cruel”ⁱⁱⁱ). Mi abuelo también se llamaba Adolfo Tresmares. Mi padre se llama Adolfo Tresmares. Mi hermano y primogénito de 6 hijos se llama Adolfo Tresmares, y su único varón y primer nieto de mi

padre se llama Adolfo Tresmares.

Es decir, al menos desde hace 150 años, hay algo en el mundo -apenas perceptible para la mayoría de las personas pero signo oscuro de lo determinante para unos cuantos- que se viene repitiendo tozudamente: los primeros hijos varones (¡y primogénitos!) de una familia en 5 ó 6 generaciones se llaman y se apellidan exactamente igual: Adolfo Tresmares. ¡Qué bonita tradición familiar!. Uno va por la calle, o al Registro Civil, o a la Iglesia y es lo que oye, lo que certifica, lo que encuentra.

Esto es lo brillante.

Pero toda moneda tiene dos caras y como dice la canción hay quien nace en la cara mala, quien lleva la marca del lado oscuro del mundo y allí uno mama otra leche que le escuece en la garganta y le hace ver otras cosas. Es decir, siente cosas que cree que los demás también sienten pero que, aterrados, deciden desoírlos y prefieren morir total o parcialmente. Como a mí me pasó, hasta que a contra pelo, algo, tal vez sentirme necesitado y querido, me hizo empezar a tirar del hilo negro del sentimiento, de la conformación histórica de mi ser, de la genealogía familiar y de sus herencias impagadas para llegar a encontrarme donde me encuentro, en un cruce de caminos, en la angustia pura y dura del aislamiento a remanso de las bofetadas, enrocado y sin miedo porque me fortalecen los míos y yo les protejo tomando Orfidal y Valeriana, esperando el Seroxat.

Porque he dejado de fumar y dejar de fumar cuesta, sí, siempre es duro y las pastillas ayudan: yo lo he conseguido en dos ocasiones durante dos años pero nunca como ahora he tenido la conciencia tan a flor de piel de mi necesidad y mi deseo de averiguar qué se me esconde detrás del paquete de cigarrillos. Nunca me ha dolido tanto perder a este aliado que entre calada y calada “dulcemente me mata con su canción”.

Así que sin tabaco trataré de ir dando sentido a una historia en la que a la sombra del brillo fascinante de los Adolfos Tresmares transcurren contemporáneas otras vidas, así, en paralelo, sin cruzarse. Vidas desgraciadas donde aparecen -que yo recuerde menos uno- el suicidio por ahorcamiento, la adicción a la cocaína, el alcoholismo y la muerte, el repudio del hijo y el destierro, la renegación de la nuera, el narcisismo atroz, el embarazo inopinado del clérigo, el cáncer de testículo, la neurosis obsesiva, el intento de suicidio en salto al vacío, el vergonzoso silenciamiento de la pequeña Patricia, la esquizofrenia paranoide, las anginas crónicas y la perversión, es decir lo Innombrable, lo que no se puede decir (¡jojo! y no lo que “no se debe decir”, que supone ya un desafío, consciente o inconsciente frente a la Ley, una postura de rebeldía).

Aquí se trata de lo que Bollas denomina como “lo sabido no pensado” (Bollas, 1987), lo no significado en el psiquismo pero estructurante del mismo, en gran medida concepto análogo al “conocimiento relacional implícito” elaborado desde Boston por el “Grupo para el estudio del proceso de cambio”, es decir “el conocimiento procedimental de las relaciones, por otra parte, es implícito, y opera fuera de la atención focal y la experiencia verbal consciente. Este conocimiento está representado no simbólicamente de una forma que podemos denominar conocimiento relacional implícito (...) Esos conocimientos integran afectos, cognición y dimensiones comportamentales/interactivas. Pueden permanecer fuera de nuestra conciencia (...) pero pueden también conformar la base de mucho de lo que después llegue a ser representado simbólicamente” (Stern y cols, 1998). En suma, lo que no se puede decir porque “no está-estando” (Aulagnier, 1984).

Cabe decir que este saber sobre lo que “no está-estando” es un saber compartido en el

grupo y desde un punto de vista entronca directamente en el concepto de “*alianza inconsciente*” de René Kaës:

“Llamaré, pues, alianza inconsciente a una formación psíquica intersubjetiva construida por los sujetos de un vínculo para reforzar en cada uno de ellos ciertos procesos, ciertas funciones o ciertas estructuras de donde extraen un beneficio tal que el vínculo que los reúne adquiere para su vida psíquica un valor decisivo. El conjunto así ligado no obtiene su realidad psíquica sino de las alianzas, los contratos y los pactos que sus sujetos establecen y que su lugar en el conjunto les obliga a mantener. La idea de alianza inconsciente implica las de una obligación y una sujeción (...) es inscribirla en principio y fundamentalmente en los procesos de la represión, sin duda en la formación del inconsciente mismo. Las alianzas inconscientes están al servicio de la función represora, pero constituyen además medidas de sobre-represión, una suerte de redoblamiento de la represión, ya que pesan no solamente sobre contenidos inconscientes, sino también sobre la alianza misma: esta es un instrumento para mantener la represión. Dicho de otro modo, la alianza misma es inconsciente, produce y mantiene lo inconsciente (...) son eficientes para mantenerse inconscientes y producir lo inconsciente en la medida que los intereses más profundos de cada uno de los sujetos comprometidos en el vínculo deben permanecer para ellos reprimidos: para preservar a la vez el vínculo, su objeto y la ley que lo organiza, la alianza como instrumento de la represión y la posición inconsciente de cada uno en el vínculo” (Kaës, 1993, pags. 334-335).

Y yo me apoyaré en esta tesis para tratar de explicar tanta jodida repetición.

La repetición: repetición que hasta hoy mismo golpea sin piedad la puerta de mi familia ¿o ya no es esta mi familia?.

Decía que busco dar un sentido a mi pasado para poder introducir en él el tiempo y que así conforme mi historia, pero en todo caso será el sentido que mi pasado obra para mí: reivindico pues mi capacidad y mi libertad de interpretar-me e ir desvelando mi pasado para convertirlo en mi-historia-personal-consciente en la medida en que ello es posible para mí. Necesito conocer el modo en que se entreteje mi configuración íntima por mucho dolor que esta elaboración conlleve, que, por otro lado creo que su monto es exactamente el mismo que alienta esta necesidad de escribir-me.

Al igual que soy consciente del sesgo y de la incompletud de mi visión (inevitable en cualquier interpretación) sé que pensando poco y que pecando me escapo del guión, pero del mismo modo sé con certeza que una interpretación y una existencia responsable no pueden serlo sino de forma individual, particular. Lo contrario será un panfleto aprehendido, común, más o menos cómodo pero acrílico.

Y también pienso que ese es uno de los problemas esenciales: como si uno no tuviera derecho, o hiciera algo malo al sentirlo, y mucho más al ejecutar ese derecho hablando o viviendo de forma distinta, derecho a una visión personal, diferente o genuina, incluso a contrapelo de lo que “ha sido y es” la familia:

“Entre las alianzas, algunas nos preceden. Cada uno de nosotros viene al mundo de la vida psíquica en la trama de las alianzas que han sido establecidas antes de él y en la cual su lugar está marcado de antemano. Este lugar, que va a constituirlo en su subjetividad, sólo podrá ser sostenido en tanto él suscriba a su vez los términos de la alianza prescrita para él, pero también para el conjunto. La historia de su formación como yo (Je) es a la vez la de su sujeción a este lugar y la de las separaciones que el sujeto deberá experimentar y sostener en relación con este lugar prescrito. En las vicisitudes de la historia de cada sujeto, se crean otras alianzas inconscientes, en las relaciones que entabla con los conjuntos a los que pertenece: son creaciones coyunturales (...) son inconscientes y con la mayor frecuencia lo siguen siendo. Su revelación o su disgregación,

cualesquiera que sean sus efectos de estructuración o de alineación, siempre traen consigo efectos violentos para los sujetos de los conjuntos trans-subjetivos” (Kaës, 1993, pags. 335-336).

Su revelación o disgregación siempre traen consigo efectos violentos ... ¡advertido estoy! pero me pregunto: ¿aún hay algo más que perder?.

Interpretación personal pues de la forma en que interaccionan en mi constitución como sujeto, de qué manera gravitan e inciden permanentemente sobre mi vida la historia familiar oficial y la extraoficial, las necesidades particulares exageradas, las frustraciones injustas, el deseo.

Por ejemplo, ¿es posible pensar que un suceso acaecido hace 78 años, casi un siglo, puede tener incidencia en la angustia que siento cuando trato de no fumar nunca más? ¿es posible una concepción trans-temporal del “efecto mariposa”?.

Quiero decir que cuando mi abuelo Adolfo Tresmares se enamora y se atreve a decirle a su padre que está decidido a casarse con esa mujer, El Cruel decide por su parte que su hijo no lo ha pensado bien y lo encierra en la carbonera de la casa vieja durante un mes –30 días- para que cuando salga haya pensado otra cosa, que no, que efectivamente esa mujer no le conviene de ninguna forma -el hijo de puta además de Cruel es rico-.

Pero no es así. El hijo es más que cabezota (o el drama no está completo) y decide casarse, pero uno se pregunta ¿para qué? ¿para hacerla feliz a ella o para hacerla una desgraciada?. Tal vez para seguir un guión que él no escribió.

En fin, los hechos también son tozudos y se resumen en que el padre niega el reconocimiento y la entrada en su casa a la mujer de su hijo de por vida, bueno, más o menos, y mi abuelo consiente: sigue hablando a su padre. Cuando nace su primer hijo le llama Adolfo en prueba de agradecimiento por el cariño recibido y su padrino es “El Cruel” (de familia muy religiosa), y la madre de ese hijo sigue negada. Pero también consiente y durante años y años el nieto irá con su padre todos domingos después de misa a comer en casa del abuelo mientras la madre mira por el balcón, y así y hasta que sea un adolescente, Adolfo Tresmares “El Cruel” se llevará a mi padre de veraneo a las playas de Donostia para hacerle un hombre.

Doce, doce años después del nacimiento de mi padre, nacerá su hermano, al que llamarán Arturo, Arturo Tresmares como me llamo yo, o como se llama su hijo primogénito (los segundos también tenemos derecho a que nuestra historia se repita ¿qué se han pensado? Ahora, ¡éste pobre no huele las arenas de La Concha!).

Entonces ya hubo quien pensó que no vino a este mundo por equivocación sino porque no hay primero sin segundo.

¿Es posible que un encadenamiento de barbaridades tan lejanas en el tiempo tenga algo que ver con el abrazo de hielo que siento cuando al decirle ilusionado a mi padre que mi mujer está embarazada, sin perder él su sonrisa me susurre al oído “que sepas que nunca podrá ser como mi nieto” (claro, Adolfo Tresmares, hijo de mi hermano mayor, Adolfo))? ¿puede que tenga algo que ver con el aborto posterior? ¿alienta mi padre el cariño que yo pueda tener a mi hermano?.

“Nada puede ser abolido que no aparezca, algunas generaciones después, como enigma, como impensado, es decir, incluso como signo de lo que no pudo ser transmitido en el orden simbólico” (Kaës, 1993, pag. 61).

Preguntas como estas a uno le hacen plantearse cosas y empieza a cabrear a la gente en cuanto las suelta por ahí.

Son incómodas porque si contestamos en negativo, que no, que aquello pasó hace un siglo y el abuelo está muerto y enterrado queda un regusto de falsedad cuando todos somos conscientes de lo parecido que suena la música de hoy a la que tuvo que sonar por entonces.

Puede ser que cuando mi padre me abraza esté recordando sin saberlo que su hermano Arturo viene a ser, después de doce años de reinado absoluto, un intruso que no sabe bien a qué viene o porqué le llaman a este mundo (suenan los compases de la música de boda de sus padres) ¿le quieren para hacerle feliz o para demostrarle que es imposible que sea tan como Adolfo?.^{iv}

Pero Arturo llega, y llega -curiosamente- con vocación de altos vuelos. Después de una niñez compartida con otra hermana adoptada como criada (desde muy temprano supo que no lo iba a tener fácil) pensó en alejarse de tanto lío haciéndose piloto de aviación en la Academia de San Javier, pero cuando al mirar a su hermano desde lo alto de su cabina sintió el vértigo de hasta dónde podía llegar en la vida, decidió seguir cerca del cielo -por si acaso- pero sin correr tantos riesgos y cambió los campos de despegue por las negras sotanas del Seminario Católico dedicado a recolectar las Vocaciones Tardías ¡já!

En ese mismo momento la reseca mandíbula de El Cruel esbozó una postrera sonrisa cuando el leve movimiento de tierra producido por mi tío al pisar el suelo hizo rodar su calavera hacia el lado derecho del enorme ataúd de caoba colombiana que trece años antes se había hecho traer para la ocasión: “sólo mi/s Adolfo/s dirigirán mi progenie”.

Pero se equivocó de epitafio porque entre salmo y salmo mi tío Arturo Tresmares retomó el vuelo de la mano de una jovencita sin tantos miramientos y de ese segundo y pecaminoso salto nació, desafiando todo pronóstico, mi primo Arturo Tresmares.

Fue esa tarde de tormenta cuando un rayo quemó el ciprés de la tumba de mi bisabuelo pero también la tarde en que estos dos padres jóvenes decidieron que cuando su hija Rosario, la segunda, quedara embarazada al modo familiar (¡jojo!, embarazo de la segunda bisnieta de Adolfo Tresmares) nadie le diría nada a la abuela para no disgustarla, y así, con tan buenas intenciones a Patricia, hija de Rosario, se le recordó durante sus dos primeros años que era hija de la vergüenza.

Decía por retomar, que en ese frío abrazo que me da mi padre en pleno Julio, tal vez también, sin saberlo él, me esté dando otras cosas que sólo después pude pensar (y lo que nunca dejo de pensar es en el “tal vez”, pero ahí están las que pensé y no puedo, ahora no puedo, callarlas).

Digo que me viene a la memoria el primer cáncer, el de testículo, de mi hermano Adolfo Tresmares. Cáncer del que a mí sólo se me habla, así genéricamente y aún no recuerdo por boca de quién, dos años después -dos años- de la extirpación de ese testículo enfermo que le impediría tener su segundo hijo, otro que no se iba a llamar Adolfo.

Asistimos aquí nuevamente al fenómeno de quitarle palabras a la muerte, por ella pasa solo mi hermano, ojalá que acompañado de su mujer, y al cabo, en mi caso de dos años, asisto a lo bien que funciona la radioterapia. Pero yo no estoy ahí con mi hermano ¡mi hermano cómo!. Si le da por morirse llevo dos años tarde a su funeral.

Pero ahora creo que no era ése el golpe destinado a tirarle.

También recordar estas cosas me hace pensar en quién sabe que yo estuve en tratamiento psiquiátrico durante al menos ocho años -ocho- invitado por un diagnóstico de neurosis obsesiva con fuertes componentes paranoicos -tranquilos, hablaremos de lo receloso que llegué a ser-, o en los dos abortos que mi mujer Clara tuvo después de esa gélida tarde de verano, o en aquellos de mi hermana Rosa, o en los catorce años -catorce- que le lleva a nuestro hijo Pedro su primo Adolfo Tresmares, durante tanto tiempo, y aún hoy, único nieto de mi padre Adolfo Tresmares.

Y parece como si el nacimiento de Pedro rompiera un maleficio porque al año llega Hortensia Verónica, hija de mi hermana mayor Celia, a los dos años Tomás, hijo de mi hermana Rosa, luego llegará con todas sus espadas Ricardo, nuestro querido y segundo hijo, al que seguirá Angel hijo de mi hermana Marina, y después Druso, segundo de Rosa.

Es como si Pedro hubiera deshecho un taponamiento que desbordara las previsiones inconscientes.

Tanto Adolfo Tresmares, tantos fragmentos históricos análogos ... Francisco, segundo hijo de El Cruel joven romántico y estudiante de medicina, buen pianista, persona sensible y cariñosa a decir del fantasma familiar, el día menos pensado y que llovía decide ahorcarse colgándose con una soga del marco de la puerta del despacho que su padre tiene en casa justo enfrente de lo que llamaban el cuarto de San Jaime, cuarto de oraciones y rezos. Es como si Francisco optara por suicidarse mirando con un ojo al padre y con el otro al santo.

Ese día El Cruel se desayunó su chocolate con picatostes antes de pedir ayuda a mi abuelo, Adolfo Tresmares, para descolgar los veinticinco años del hijo.

Cincuenta años más tarde, un sobrino-nieto de este trapequista desafortunado que quedará colgado para siempre de su cuerda sobre la conciencia familiar, este otro chaval de 15 años que no se llama Adolfo juega tristemente con su soledad y entre los dos hacen silbar a los trenes plantados en medio de la vía, y hasta que el bicho no silba, él no salta al campo.

Es el mismo chaval que perdido entre su amargura y los acantilados vascos se atreve a retar una y otra vez a la mala suerte saltando entre roca y roca buscando la ola que le aplaste contra la sombra de los percebes que fue a coger, pero su tío-abuelo Francisco, desde el más allá, se ocupa de que de momento su sobrino Arturo no gane la partida, le cae bien.

Sí, un salto fue también el suicidio malogrado de Rosario, hija de Arturo desterrado (o tal vez sintiendo la necesidad de vivir se va de Zamora) en Burgos. Apenas con 20 años Rosario decide saltar por la ventana confiando en los brazos que la sostendrían definitivamente y que ella no sentía tener para su niñita.

Pero no. Un crujido seco identificó la fractura de sus dos piernas y por la brecha abierta de sus huesos rotos nos quiso hacer ver a todos, de una puñetera vez, que en realidad lo que llevaba partido durante años era su alma.

Pero tampoco. Apenas se habló de aquello ... “¿cómo está Rosario? -mejor ... mejor ... sus piernas se van recuperando ... pero la niña ... ¡la niña es una preciosidad! ¡tan rubita y tan simpática!”, era francamente molesto.

Del mismo modo no se habla de Helisa. Yo sí lo haré, más tarde, y me detendré en el detalle, en la forma en que la hermana pequeña de Rosario, Helisa -“¡con hache, con

hache!" dice siempre su padre, como Martín (HACHE), con ese estúpido grafismo significativo de su importancia-, también opta un día por salirse definitivamente de la foto familiar ("de pequeña jamás quería salir en las fotos, siempre la teníamos llorando" me cuenta entre risas su padre Arturo Tresmares Lamas, ¿pero por qué no quiso responderse a la pregunta de porqué ella no quería fotografiarse?).

Su camino no fue la ventana sino la locura, pero esa que suena a locura de verdad, la terrible esquizofrenia (no sé porqué ahora evoco el regusto a vacío de los besos de su madre, mi tía Remedios, tan ceremoniosos, tan teatrales o más que los que el mismísimo Pedro El Cruel daba a sus sobrinos a la altura del cogote para que no supieran bien si les besaba o les escupía sentenciándoles a la muerte: será porque yo también fui un paranoico).

Y así vamos quitándole palabras al pensamiento hasta que un día sólo queda en el aire el significado del acto silenciado, sin palabras ya, y como un testigo invisible que se pasara de generación en generación las motivaciones profundas y el acto de muerte o de locura son acogidos pasivamente por la siguiente generación que es incapaz de saber de qué carajo trata exactamente esa herencia pero no huele bien.

Lacan nos diría que asistimos al engendro de un significante del discurso: *"el significante se convierte en el elemento significativo del discurso (consciente o inconsciente) que determina los actos, las palabras y el destino de un sujeto sin que él lo sepa, y a la manera de una nominación simbólica"* (Roudinesco y Plon, 1997, pag. 997).

Decía que son preguntas incómodas porque hace falta tener coraje para negar tanta repetición parecida en lo esencial, y el caso es que si contestamos que sí, que existe el "efecto mariposa" a lo largo del tiempo, la cosa se pone fea de verdad porque entonces nos obliga a preguntarnos de quién son los músculos -o al menos parte de la fuerza- que movían mis manos cuando con Queen a tope conducía a 180 por hora buscando desesperadamente un reventón.

Es decir, asistimos a cómo a partir de, por ejemplo, un suicidio en la familia, se genera algo de lo que no se va pudiendo hablar, que es un hecho conocido en su verdad por los asistentes/participantes directos, verdad desdibujada a los familiares no asistentes y verdad embellecida para el resto, hasta que finalmente el deseo de muerte -lo que le llevó a morir a Francisco, a Pina, a Rosario- como si se sumergiera en las profundidades del mar desaparece totalmente y se habla en su lugar de otra cosa.

Quiero dejar señalada aquí -sólo esbozada- la diferencia que puede existir entre la búsqueda de la muerte y el acto de locura. En gran medida -de acuerdo con mi respetado Dr. Ronnie (Laing, 1960)- la locura puede ser un intento vital desesperado, un grito hacia la vida ¿o no es un acto cuerdo volverse loco en un espacio donde la locura es la "normalidad"?, la muerte buscada limpiamente implicaría la aniquilación de la posibilidad de volverse loco, la nada.

Pero Ello está, "está - no estando". Y entonces, en ese tufillo, que es como el salitre en el aire del norte o el olor del aire del metro de Madrid, uno va y nace. Y crece no conociendo

aire distinto, pero éste quema en los pulmones y sin embargo no sabe cual es el veneno.

Entre las alianzas inconscientes *“algunas nos preceden”*.

Conviene aquí establecer un matiz diferencial con lo que se denomina *“un secreto familiar”*. El secreto implica una coalición para no hablar de algo, puede ser un acuerdo implícito o explícito de dos personas, de tres o de toda una generación, eso da igual, porque existe el reconocimiento de un algo y un acuerdo para que se silencie. Como explica muy bien Lanouzière el secreto se convierte en una herramienta de poder y de complicidad entre los que saben (aquellos que están en el secreto) frente a los que no saben, los excluidos (Lanouzière, 1961). Pero complementariamente cabría pensar que según cómo (por ejemplo, en función de la autoridad de un sujeto sobre otro) el secreto puede servir como herramienta de control sobre aquel que se elige como cómplice. La cuestión de cualquier forma es que llega a considerarse el secreto como la piedra angular en la constitución del grupo.

En todo caso al juego del secreto se juega con normas tan oscuras como sutiles.

Pero en este otro negocio el asunto es más turbio aún porque incluso no se silencia aquello que sea: es la Verdad del asunto lo que viene a ser negada desde el mismo hecho. Se podría asimilar a la *Verleugnung* freudiana, la renegación, es decir aquel mecanismo perverso por el cual, ante el horror de la castración, el niño *“se niega a reconocer la realidad de una percepción negativa, en particular la ausencia de pene en la mujer”* (Roudinesco y Plon, 1997, pag. 919)). Aquí el sujeto hace coexistir dos realidades contradictorias: el rechazo y el reconocimiento de la ausencia de pene en la mujer. Para ello recurre a una escisión en su yo, *spaltung* o defensa tan absolutamente inconsciente como rígida del mismo modo que en el perverso existe un clivaje, una escisión fundamental en su Yo que le permite convertir su dolor en goce en nombre de un plus-de-placer supuestamente autenticado en un plus-de-saber sobre la verdad del goce, señuelo de fascinación para el otro (Aulagnier, 1967).

También, y si me paro con detalle al considerar mi caso desde un punto de vista familiar -generacional y transgeneracional- existen dos realidades, o mejor dicho, sobre una única verdad coexisten dos realidades: el reconocimiento y el rechazo de ese reconocimiento sobre algo (el sentimiento, el afecto vinculado a/y el acontecimiento histórico) que dan lugar a una historia, a una novela fascinante en la que lo que menos importa, como en las películas malas, es lo que da lugar a toda la trama: la motivación final del acontecimiento o el por qué uno busca la muerte.

Por otro lado, el espectador, deseoso de olvidarse de ese mal comienzo y necesitado de ser seducido para mirar a otro lado, no se pregunta más.

Y el caso es que la respuesta a su demanda parece sencilla, por ejemplo, si le preguntáramos a Francisco probablemente nos diría: “-Mi madre no me quería, mi padre me odiaba y yo necesitaba demasiado que me quisieran, ¿no os dáis cuenta de que no soy yo quien muero? ¿de que yo morí para mis padres antes de nacer y ahora sólo pasa que ellos mueren en mí?. Renuncio a la esperanza de su amor, aquel que me hubiera dado la vida y no puedo impedir sentir que a última hora se lo tengo que decir: “-padre, disculpa que me cuelgue del marco de tu puerta pero no encuentro tu conciencia para atar el nudo””.

En fin.

Sí, decididamente a Francisco debió entenderle bien, pero que requetebién su hermana Gema -Pina- y jamás podremos imaginar todo lo que echaba de menos sus puños de pianista cada vez que el marido se tiraba encima de ella para aliviarse de los calentones veraniegos.

Pina, condenada a matrimonio convenido y a renunciar a su amor de juventud para íntima satisfacción de El Cruel, atada por él a un medio hombre que nunca podría valorar a la mujer que tenía delante y que –dicen las malas lenguas- se encargaría de comprarle la cocaína cuando ella no pudiera bajar las escaleras porque borracha como una cuba desde el atardecer, la mañana se convirtió en su peor enemiga ya que fue en una de ellas, especialmente luminosa, cuando vió, en toda su asquerosa claridad, que a partir de ese momento nunca más tendría la oportunidad de dar un beso de amor.

También su luz se apagó a los 37 años.

Mejor dicho, se fue apagando poco a poco -pero pronto- hasta que entre copa y copa dió la mano a su hermano que ya tenía preparado un sitio a su lado para escuchar su dolor al son de los Preludios de Chopin.

Y Pina dejó su lugar para que fuera mi padre quien limpiara la conciencia del verdugo durante el año que siguió a la muerte de la joven.

Un año conviviendo con el abuelo, en casa del abuelo, justo antes de marchar a estudiar Derecho en Deusto. Y por supuesto nadie le preguntó a él si él quería vivir con el abuelito (nunca he sabido porqué ni su padre -mi abuelo Adolfo- ni su madre –mi abuela Celia- no dijeron que de ninguna manera sucedería eso, que el viejo se aguantara el remordimiento el solito y que su hijo no se movía de su lado. Pienso que lo que pasaba es que en aquella amargura de casa no había remordimiento sino satisfacción por el logro y mi padre era ofrecido como premio: era el trofeo).

Pero el caso es que se montó una bonita despedida familiar aunque el viaje resultara breve porque a los tres días de estar en Deusto, “El Cruel”, en un hermoso acto final, hace volver a mi padre para que asista a su funeral: por fin murió.

Muerto el perro no se fue con él la rabia.

Pero volviendo al hilo, al igual que de Pina de Francisco apenas sé nada. Cuando me pregunto por sus vidas, de qué color tenían los ojos o cómo era su voz, no sé nada. Yo sólo sé cómo murieron, y ni eso, a mí sólo me ha llegado cómo se sentían cuando empiezan a morir y cuando mueren.

Ahí sé que no me equivoco.

Y también sé cómo murió César, el hermano pequeño de mi abuelo Adolfo Tresmares. Y digo el hermano pequeño de mi abuelo porque éste sí que no parecía ser hijo del honorable corredor de comercio (¿de verdad era corredor de comercio o un negociante avezado? Parece ser uno de esos que, de una forma u otra, se hacen ricos a costa de los negocios de los demás).

La vida de César -aventurera dice el fantasma- fue una serie continua de desastres hasta que terminó con sus huesos vendiendo chucherías en un kiosko de mala muerte acosado por el frío y la artrosis.

Todo por su mala cabeza que le llevó a malgastar la fortuna que le robó a su padre -eso dicen- para escapar de la carbonera donde había visto sufrir a su hermano mayor. Después

de estar tres años libre, lejos de la mirada paterna, y haciéndole creer al viejo que iba ya para licenciado cuando en realidad había perdido el dinero de la matrícula en la primera tirada de dados, El Cruel se lo trajo a mamporros, creo que desde Santiago de Compostela, para que no volviera a soplar ninguna gaita.

Fue poco después cuando una noche helada violó la caja fuerte para coger todo lo que abarcasen sus bolsillos y pensando que cogía algo lo que en realidad hacía era firmar la carta de repudio que su padre le tenía preparada entre fajo y fajo de billetes.

Pero César no pensó en tirarse al río. No. Más bien cogió un barco y se llegó a la Argentina para enredarse con la mujer de un capitán de caballería que cuando pilló a los amantes tomando su mate a la sombra de un fresno le entraron de golpe los siete males y mi tío-abuelo tuvo que salir corriendo y esconderse entre los brazos de “la india”, pero india de verdad -aún sin nombre que recuerde la familia- porque los tercos rasgos andinos de mi tía Bea así lo atestiguan.

Hija de César y de esa inca descarada que se trajo como si fuera Colón, la Bea cuidó de su padre hasta la muerte y se casó con mi tío Dámaso, enorme profesor de francés que sin saber cómo se vió metido en el torbellino de la depresión de una mujer mitad india y mitad repudio con la que tuvo tres hijos (¿es necesario aclarar otra vez que cualquier hijo que llega a esta familia y cuyo padre no se llame Adolfo tiene que llegar por la puerta falsa?) y luego se separó.

Que yo recuerde, nunca vi juntos a mi abuelo Adolfo Tresmares y a su hermano César, tampoco he visto ninguna foto en la que estuvieran juntos, ni tampoco le ví nunca de la mano por la Calle Mayor con su sobrina. Supongo que la sombra de El Cruel les enfriaba los recuerdos de la niñez compartida.^v

Y sólo queda recordar a Clara, tal vez la mejor parada de todos los hermanos de mi abuelo. Clara se casó y se fue a León. La historia no da más de sí.^{vi}

Termino este apartado señalando cómo los hermanos viven separados unos de otros como si un designio implícito les impidiera tener entre ellos relaciones próximas, fuertes, vínculos particulares. Viven alejados los unos de los otros y mueren alejados unos de otros y pareciera que la repetición de nombres en las esposas y en los hijos lejos de ser una serie de casualidades cumpliera una función específica.

El problema es que la historia tiende a repetirse.

Muchas veces me he preguntado el papel concreto que juega esta bonita novela familiar al estilo latinoamericano en la configuración del psiquismo individual. Tal vez interesante (o fascinante) la primera vez que se escucha termina por resultar (al menos en mi caso y ya desde hace un tiempo) vomitiva.

Y también me pregunto por qué es como si por un lado yo sintiera curiosidad por ella y por otro repugnancia. Y me quedo tranquilo cuando yo mismo en mi propio delirio me voy respondiendo.

La respuesta me viene destilada, no es súbita, se va haciendo a sí misma a medida que observo, leo, estudio, lloro, daño, culpo, odio y amo. Hasta ahora respuesta que ha sido necesaria pero me voy dando cuenta también que la pregunta fundamental ya está respondida en mí, ya no necesito más, pero mi orgullo no me permite pararme.

Recuerdo ahora a mi padre cuando, al día siguiente de enterrar a su padre Adolfo Tresmares, y en una de las pocas ocasiones en las que me ha hablado a mí, va y me dice

que durante toda su vida ha sentido una lejanía insalvable, distancia que le fue imposible eliminar porque nunca tuvo fuerza suficiente para romperle el brazo a su padre, ese brazo que le alejaba de sí (ahora pienso que tal vez, íntimamente, también sacaba beneficios de esa distancia, como por ejemplo, una mayor disposición de la madre).

Bueno. Me dice eso y sin asomo de crítica añade: “pero justo antes de morir, y teniendo yo cogida su mano, me miró directamente a los ojos y en ese instante sentí toda la cercanía que nunca antes tuve con él”. ¿No es asombroso? ¿no es absolutamente triste? ¿existe una fórmula que pueda embellecer más el absoluto desamparo?. En Arminza, tormentoso pueblo costero cercano a Bilbao, un día del verano de sus cuatro años mi hijo Pedro empieza a llorar. No existe forma alguna de calmarle y él dice que su abuelo ya no quiere jugar con él. Pedro tenía y tiene algo: se hace querer.

Hasta ese día mi padre no fue consciente de dónde se estaba metiendo ni dónde estaba metiendo a mi hijo, pero cuando se vió en el peligro de quererle cortó radicalmente y le dejó tirado, en la estacada. Sin más. Ahí te quedas. Y Pedro lloró: él ya le quería.

Mi padre salva al suyo sacrificando a mi hijo. Prefiere alucinar un anhelado encuentro final y ya eterno en la fría mirada de un moribundo que nunca supo quererle que aprovechar todo el cariño que mi hijo le puede enseñar a sentir con toda la vida por delante, y más de más, aprovechando su posición adulta, le puso la miel en los labios para arrebatársela después. No está mal.

Decía antes que mi orgullo me impide callarme, sí, mi orgullo y el derecho que siento a decir cómo es para mí. Sé de sobra que Arturo “El Alucinado”, “el hijo de Arturo el Negro” gitano de mala fama, no vende ni una bolsa de pipas con esta película, pero bueno ¡qué le vamos a hacer!. Roma no paga traidores.

“Freud se interroga en más de una ocasión sobre las producciones de la psique del sujeto y sobre su destino en los fenómenos colectivos (...). Señala que estos efectos se traducen también en términos de pérdida, de borradura y de abandono de una parte de la realidad psíquica propia del sujeto singular en beneficio de un ideal superior, que encarnan el Jefe o la idea, precisamos capital, o aún el grupo como objeto común. Está pérdida, sin embargo, coincide con algunos notables beneficios. De hecho, lo que abandonamos al grupo es eso mismo que experimentamos en el interior de nosotros mismos como lo que falta, como lo que nos ha sido rehusado. Por otro lado, la exigencia de ser-juntos es que abandonemos al grupo lo que él exige para que recibamos de él lo que no podemos obtener motu proprio” (Kaës, 1993, pag. 240).

De cualquier forma yo no quiero una mirada postrera, no quiero colgarme de la viga de ninguna conciencia, no necesito drogarme ni quiero mendigar clemencia metido en ningún kiosko de Zamora. Sé que mi vida está en Badajoz, bueno, da igual el nombre del lugar, pero ése también está fuera del tiesto.

Y ahora vamos a cuestionarnos algo estructural: la función de esta novela en el inconsciente familiar y sus precipitados en el inconsciente individual.

Decir aquí, en primer lugar, que debido a sus peculiares características y a la función que teóricamente cumple, más que “novela familiar” en el sentido freudiano del término (que designaría “*el modo en que un sujeto modifica sus vínculos genealógicos, inventándose con un relato o un fantasma una novela que no es la suya*” (Roudinesco y Plon, 1997, pag. 745), se trataría de una “*leyenda familiar*” que apuntaría a algo más allá que la función propia de

la novela familiar que en el psiquismo del neurótico apunta al distanciamiento necesario del infante respecto de los padres para la independencia y la vida:

“todo este esfuerzo para reemplazar al padre real con uno superior es sólo la expresión de la añoranza que el niño siente por aquel feliz tiempo pasado, cuando su padre le parecía el más noble y fuerte de los hombres, y su madre, la más amorosa y bella mujer. Del padre que ahora conoce se aparta hacia aquel en quien creyó durante los primeros años de la infancia; su fantasía no es, en el fondo, sino la expresión de su pesar por haber perdido esos días tan felices. Así, en estas fantasías vuelve a recuperar su plena vigencia la sobrevaloración que caracteriza los primeros años de la infancia” (Freud, 1909, pag. 467).

Pero ¿y si en esta curiosa familia encontramos que en los tiempos infantiles de cada cual no hubo padre a quien sobrevalorar? ¿y si el Nombre-del-padre es usurpado generación tras generación por una mentira? ¿qué sucede en la mente infantil cuando se impone, se exige una leyenda para ocupar el lugar de una falta?.

Allí donde debería estar el padre se presenta una falsedad armada de ciertas características legendarias:

“Los psicoanalistas han prestado atención muy tempranamente al dominio que el perverso ejerce sobre sus compañeros, pero alguno de ellos han sido todavía más sensibles a la complicidad de estos. Sin esta complicidad la alianza no puede establecerse efectivamente (...). Por su lado, J. Clavreul (1967) ha señalado el contrato secreto que une a los compañeros de la pareja perversa: “La ruptura eventual de tales contratos tiene un sentido muy distinto y un muy distinto valor que el fracaso del amor entre sujetos normales o neuróticos. El hecho de que sean secretos, de que tanto sus términos como sus prácticas no sean conocidos sino por los interesados solamente, de ningún modo significa que el tercero esté ausente de ellos. Por el contrario es esta ausencia misma del tercero, es su distanciamiento, lo que constituye el malentendido inseparable del acto mismo; por eso es que el perverso parece siempre no sufrir sino investigar”. Clavreul ha sostenido también que la relación del fetichista con su fetiche sólo toma este valor del poder que tiene el fetiche de fascinar al otro.” (Kaës, 1993, pags. 333-334).

Diríase que al modo en que en una carrera de relevos cada cien metros un corredor pasa el testigo al otro aquí una generación pasa también su testigo a otra, un testigo que en este caso presenta cualidades propias de un fetiche, producto pulido y perfeccionado, fruto maduro de herencias perversas.

Pero vamos a ir poco a poco ¿qué prisa podemos tener después de 150 años?. Sería absurdo imaginar, cuando no una especie de delirio mesiánico, que nadie puede resolver el enigma en un verbo ¡plás!, así-no-más que diría mi tía la argentina.

No, no tengo prisa. Sólo siento una necesidad de descarga, como si estuviera muy cansado, cansado de recordar recuerdos que pesan como piedras y hastían como viejas plañideras. En fin, no sé.

Tal vez convenga un somero análisis de lo que vengo en llamar caprichosamente “mi leyenda familiar”, de la características que entiendo la distinguen de la función neurótica y neurotizante (normativizante) de la novela familiar. Sí, en este caso llama la atención que sea quien sea, es decir, sea Adolfo Tresmares o Arturo Tresmares, sea macho o sea hembra quien relate hay una serie de elementos inamovibles teñidos de un tono de fascinación que seduce al oyente y le hace sentir falsamente que es copartícipe del cuento.

Entiendo yo que desde fuera una mente medio templada podría observar sin mucha dificultad que se trataría de algo parecido a cómo distintos miembros de una secta hablarían de su gurú. Observaría una terrible rigidez bajo los sugerentes acordes de una melodía

escrita por sirenas.

La singularidad de la interpretación, es decir, la libertad para efectuar lecturas diferentes a la literalidad de la transmisión hablada está proscrita. No hay versiones particulares dado que los puntos de inflexión que permitirían esta apertura son los nudos gordianos intocables. Es allí donde se manifiesta una complicidad inter e intrageneracional tendente a mantener rígidamente los elementos fascinantes y embellecedores de la leyenda: hasta la repetición de los nombres de los personajes contribuye a ello. Será pues un infiel, traidor y toca-pelotas aquel que ose leer entre líneas: eso está prohibido ¿entendido?.

Quiero decir que cuando Freud nos habla de la novela familiar del neurótico nos dice que esta se dirige a una función que se resuelve en la intimidad, que sólo es intrapsíquica, particular, apenas compartida porque es un precipitado del desarrollo psíquico individual.

En mi caso se trata más bien de otra cosa, de una interpretación (que así deja de serlo) colectivizada, entonces es dable decir que es una literalidad que termina siendo interiorizada por sujetos diferentes pero en una única y misma versión.

El lector avisado bien puede señalar una posible tautología: yo, sujeto de esta historia - que tengo una visión particular- hago extensa a los demás mi particular visión, que incluye que los demás relatan la historia como yo digo que lo hacen.

Bien, es posible, sin embargo parto de un supuesto que yo no puedo refutar: si alguien externo a la red familiar (y yo no puedo serlo) escuchara el relato de los distintos protagonistas (como yo lo he hecho desde dentro) diría -desde fuera- que son relatos exactamente iguales, idénticos. Si ésta es la pega tautológica, queda salvada en el momento en que también digo que siendo esta mi visión otros pueden escribir la suya y refutar mi punto de vista. Si no, el que calla otorga.

Al igual que la novela, esta leyenda cumpliría una función estructurante, pero tal vez no estructurante de una neurosis sino de algo distinto que habría que apreciar en la falta escenificada, en la mentira o en la falsedad.

Retomo de esta manera una cuestión importante ¿qué sucede en la mente infantil cuando se impone, se exige una leyenda para ocupar el lugar de una falta?.

Tal vez Lacan nos ayude a pensar sobre esta cuestión cuando conceptualiza el “Nombre-del-padre” (con guiones) como el significante de la función paterna. Recordemos que es aquel elemento significativo del discurso (consciente o inconsciente) que determina los actos, las palabras y el destino de un sujeto sin que él lo sepa, aquí se trataría de aquel elemento que capacitaría al sujeto como sujeto deseante.

Voy a transcribir literalmente, porque las he buscado, unas palabras de una psicoanalista milanesa, hija predilecta de Jacques Lacan, porque son palabras que vienen al pelo y porque me emocionan cada vez que las leo y pienso que -justo por ello- cumplen en mí tardíamente una función que Fonagy (querido Peter que saliste a mi encuentro y me tendiste tu mano en un día de bajón) denominaría mentalizante.

“La función reflexiva o de mentalización capacita al niño para formarse un concepto sobre las creencias, sentimientos, actitudes, deseos, esperanzas conocimientos, imaginación, pretensiones, planes, etc., de los otros (...). La exploración del significado de las acciones de los otros, está ligada, de manera esencial, a la habilidad del niños de calificar y encontrar sentido a su propia experiencia.”

(Fonagy, 2001, pag. 175).

Gracias a estas palabras de Piera Aulagnier que ella me regala sin conocerme -y no a las palabras que no me dió quien decidió que estuviera en el mundo- hay sentimientos que pasan de estar vagando por mi interior como almas en pena a entroncarse en mi psiquismo, fortaleciéndole, estructurándome.

¡Va por ti, Piera!: "... es preciso que una ley venga a asegurar al sujeto su estatuto futuro, su derecho al deseo. Esa "ley" es aquella que, en la estructura familiar, le indica el lugar donde tiene que situarse y designa al falo en tanto que significante del deseo y emblema de la ley. El falo deberá tomar lugar en ese punto del campo del sujeto donde vienen a recortarse y ligarse indisolublemente la ley de filiación y la ley del deseo.

La ley de filiación: Para el sujeto se trata de poder reconocerse como hijo, testigo y consecuencia del deseo parental y no causa de ese deseo, pero también de asumirse como prometido a su vez al rol futuro de genitor, eslabón de una cadena simbólica que trasciende su temporalidad subjetiva y que depende de otro diferentemente sexuado para tener acceso a tal identificación. Ahora bien, esa ley tiene como única referencia el Nombre del Padre: el único que puede garantizar que se es "un hijo ante la ley", el único donador de un Nombre que hace del sujeto otra cosa que puro ser biológico o simple producto del vientre materno. Por este camino se instaura una diferenciación esencial entre el pene en su función de órgano de reproducción y el falo como emblema de la potencia paterna y de la ley. Por ello, otra cosa muy distinta sucede si la madre presenta al padre como puro instrumento necesario para su fecundación, o como el único que tiene derecho y poder de darle un hijo y de recibir uno de ella.

La ley del deseo: (...) Para que el padre sea reconocido como depositario del poder fálico, no basta que el niño sepa que tiene un pene (aunque sea más grande o más eréctil que el suyo), sino que descubra que el padre es deseado por la madre, y que es en su condición de investido con ese deseo que puede ser para ella el lugar del goce: para que la madre sea reconocida como prohibida al deseo en tanto que madre, pero en tanto que mujer sea mantenida como modelo del objeto futuro del deseo, no sólo es preciso que el sexo femenino sea reconocido como diferente sino que el sujeto aprenda que el padre es deseante de esa diferencia." (Aulagnier, 1967, pags 29-31).

Es difícil ¿verdad?, sí, es compleja y sensible la trabazón afectiva mediante la cual nos vamos convirtiendo en personas, se podría decir, adquirimos la condición humana, más o menos humanos.

Si consideramos las reflexiones de P. Aulagnier y valoramos si el Nombre-del-padre ha estado presente en mi historia o si ante la imposibilidad de su presencia se instaló una bella mentira, de la que tal vez ni siquiera mi padre se dé cuenta, pero que él personaliza y vehicula a través de sus afectos conscientes e inconscientes y que remiten a una leyenda, que en último término lo que de verdad transmite es aquello "sabido pero no pensado" de generación en generación, la cosa se complica realmente.

Considerando esta hipótesis, surge de modo inmediato otra pregunta fundamental: ¿qué impide la presencia del Nombre-del-padre?. La respuesta es automática: aquello que impidió al padre acceder a la castración; aquello que le lleva a mi padre a fracasar y a no poder considerar que su madre era deseada por su padre y ella era deseante de él, o sea, que no llegó a sentir que "el objeto del deseo materno está en otra parte y no en su propio ser (...) que existe un mundo del goce del que está excluido y que sólo por el padre la madre tiene acceso a él" (Aulagnier, 1967, pag. 26).⁶

Así se destila otro corolario que tendrá importantísimas implicaciones: al no estar presente el Nombre-del-padre tampoco está presente la esposa, aunque sí la madre. La existencia de la madre no implica necesariamente la presencia del padre.

Entonces no sé exactamente qué ocurre en la mente infantil cuando se exige una leyenda para ocupar el lugar de una falta. Tampoco sé si se trata de rellenar una falta o se trata de que tal leyenda justifique la falta. Me inclino a pensar en una solución mixta porque ayuda a entender un mecanismo de transmisión que lavando las conciencias ayuda a sobrevivir. Estas conciencias encontrarían su parangón en lo inconsciente, en aquello que no se puede pensar pero que está permanentemente evocado a modo de un negativo en el reverso de las páginas como una memoria implícita, implacable e invisible: la memoria de mi nombre, Arturo.

2. Algunos modos concretos de articulación - en el sujeto y en la fratría - de los secretos, pactos, contratos y alianzas inconscientes

“Lo que la posición perversa sostiene como desafío es una duda radical sobre la legitimidad de la posición del justiciero, no sólo de aquélla – particular- de quien ante él representa la Ley (o pretende hacerlo) sino, más allá, la de quienquiera que aspire a hablar en su nombre” (Clavreul, 1967, pag. 64))

Termino ahora de revisar el cuadro genealógico que le pedí a mi padre que elaborara para mí y que me envió sin preguntar cual era mi objetivo.

Repaso en él los nombres de los seis hijos de mis bisabuelos Adolfo Tresmares y Clara Matesanz y en un momento repaso también las vidas de cada uno de ellos. Me detengo también en la vida de esa mujer que le acompañó hasta su muerte. Pienso en ello y como cada vez que lo hago -tratando de hilvanar los hechos que conozco con los que supongo y con los que me tengo que inventar- termino inefablemente triste.

Y ahora tengo que abordar un punto gordiano en el devenir de la familia, en el devenir de la tragedia familiar se podría decir.

Porque hay períodos históricos en la vida de una familia que parecen más tranquilos que otros -aún teniendo sin duda cada suceso, cada fenómeno acaecido una importancia genuina y determinante en los sucesivos- y por el contrario se diría que existen “períodos críticos” en el devenir de una familia. En ellos pareciera cuajarse, al menos en un ámbito concreto, las posibilidades futuras de las siguientes tres o cuatro generaciones: sea en el amor, sea en el dinero, en la salud o cualquier otro que determine el bienestar emocional de los miembros de la familia.

Pero antes de meter la mano en el profundo pozo negro que vinculó a esta pareja, Adolfo y Clara, y para poder disponer de algún mapa mental que me ayude a orientarme entre tanta oscuridad y poder obviar la fácil tentación de los planteamientos morales necesito organizar mis pensamientos.

De igual modo que yo necesito recurrir a los pensamientos de autores como P.

Aulagnier, M. Fain, Th. Clouchoud o su compilador, René Kaës (1993), quienes, sin pedir permiso, se adentran en los laberintos de los jardines privados del perverso.

Y mi punto de partida es el concepto de “*estructura perversa*” que difiere, aún respetando enormemente, a toda la corriente de autores que dentro del pensamiento psicoanalítico consideran precisa la estipulación de que haya manifestaciones perversas de la sexualidad para afirmar que estamos ante una perversión. Este punto de vista “*establece una diferencia de aquellos cuadros que con el nombre de perversidad centran la cuestión en el sadismo y la destructividad* (Baranger, 1980). Tomo como propias las palabras de Jean Clavreul (Clavreul, 1966), en este punto: el “*acto perverso*” es consumado por sujetos con *catectizaciones libidinales, cuyas relaciones con el deseo y con la ley, son profundamente diferentes de las del neurótico; por ello es mejor hablar de “estructura perversa”, en tanto ésta permite un acercamiento al problema de la perversión relativamente independiente de la modalidad particular que pueda adoptar tal o cual acto perverso*” (Moguillansky, 2003, pag. 140).

Por ejemplo, es desde esta perspectiva que Jean Clavreul estudia la complicidad de la pareja perversa analizando el lazo de unión que se fundamenta en el contrato secreto que une a los *partenaires*.

Y debo decir aquí que para organizarme por dentro he necesitado de mucha ayuda y que me siento en deuda con aquellos que me la ofrecieron prestándome sus propios pensamientos, a todos ellos desde luego les habría encantado conocer a mis bisabuelos paternos, por ejemplo a Jean Clavreul: sus tesis en ellos cogen cuerpo de realidad y, quizás sin mayor interés por las -seguras- manifestaciones perversas de su sexualidad, habría tenido la ocasión de analizar la minuciosidad de las cláusulas del contrato de una pareja perversa en un decantamiento fundamentalmente destructivo hacia los terceros indefensos.

O por ejemplo, me resulta francamente interesante que R. Kaës (1993) defienda (fruto de sus investigaciones con los procesos asociativos de los grupos) que para asociarse un grupo o para asociar representaciones y pensamientos, los humanos no solamente precisan del proceso de identificación con un objeto común como lugar de partida para poder después identificarse entre ellos, sino que al tiempo que se va produciendo este fenómeno se va estableciendo, sellando entre los componentes del grupo, un acuerdo inconsciente que regirá lo que ha de quedar excluido como garantía para mantener el vínculo y el grupo, cosas -quizás personas- que han de ser literalmente abolidas, borradas, rechazadas: *offside*.

El autor denomina “*zona de simulacro*” (Kaës, 1993, pag. 327) ese lugar, espacio mental donde ha de situarse aquello en lo que inconscientemente estamos de acuerdo en que no está, y ello ha de ser así si queremos seguir siendo grupo (¡ojo!: grupo. Pero cabe preguntarse entonces que si somos los vínculos que tenemos ¿el ser-sujeto, la identidad individual no pasaría también por aquí?).

Siguiendo adelante en esta necesidad mía de construirme o de disponer de una especie de “intendencia mental” que pueda mantenerme a lo largo de estos años de hambruna afectiva trato de pensar en el establecimiento en su génesis y en el modo de transmisión de lo no representable en las generaciones venideras de mi familia, en aquellos antecedentes

que conforman directamente mi inconsciente y que en gran medida se cuece en el caldo podrido de la relación entre Adolfo Tresmares y Clara Matesanz.

Siguiendo adelante pues en *nuestro* camino resultan tan sugerentes las nociones de “*contrato narcisista*” (Castoriadis-Aulagnier, 1975), “*pacto narcisista*” y “*pacto denegativo*” (Kaës, 1993) o “*alianza denegadora*” (Couchoud, 1986) que no podemos dejar de volver a pensar sobre ellas.

Piera Aulagnier (Castoriadis-Aulagnier, 1975) introduce la noción de *contrato narcisista* (quizás no se enfadaría demasiado si lo tradujéramos como narcisizante, explicitando después que un contrato es un camino de doble dirección) para designar aquello de lo que el sujeto se hace portador incluso antes de llegar al mundo: el grupo le confiere la misión de tener que asegurar la continuidad generacional y por ende, la sociedad. Ocupa un lugar en el conjunto porque es investido narcisísticamente por el grupo. Es este un lugar que ha sido templado por las voces -unas más antiguas que otras- transmisoras del discurso que precede al sujeto y que es consonante al mito fundador del grupo.

Es a través de este contrato narcisista que el sujeto aprehende los valores e ideales, la cultura grupal, cumpliendo así su función identificante para dar paso después a un segundo momento en el que operará como garantía de continuidad generacional.

Hablamos así, por un lado, de una función del contrato necesaria para la identidad personal y para la identidad y cohesión grupal, para el vínculo familiar y social. Pero es de este modo que el sujeto se hace al tiempo portador de una deuda (narcisista, simbólica) que tratará de salvar en sus investiduras de transmisión, en sus contemporáneos y descendientes.

En oposición al *contrato narcisista* (que implica, decíamos, un conflicto y un acuerdo de doble dirección resuelto por un tercero, al modo en el que en el Norte los ganaderos “son forzados al apretón de manos” sobre el precio del ganado por un tercero: dos (¿o tres?) partes, un negocio y la necesidad de llegar a un acuerdo ventajoso para todo el mundo) R. Kaës plantea la noción de “*pacto narcisista*” como la imposición unívoca o mutua del “lugar” del sujeto a un emplazamiento concreto cuyas características son definidas por la absoluta coincidencia narcisista con aquello que se le designa: vamos, que el que se mueva no sale en la foto. Aquí no hay espacio para la negociación o separación “*la menor separación destaponaría un hueco abierto en la continuidad narcisista (...) expondría a pagar con un precio en carne la deuda impagable impuesta por no nacer*” (Kaës, 1993, pag. 329).

Según el autor este tipo de *pacto narcisista* se refuerza necesariamente con otro pacto que denomina “*pacto denegativo*”:

“Lo que se impone en todo vínculo intersubjetivo para ser consagrado en cada sujeto del vínculo a los destinos de la represión o de la denegación, de la renegación, de la desmentida, del rechazo o del enquistamiento en el espacio interno de un sujeto o de varios sujetos. Este acuerdo inconsciente sobre lo inconsciente es impuesto o establecido para que el vínculo se organice y se mantenga en su complementaridad de intereses, para que se asegure la continuidad de las investiduras y de los beneficios ligados a la subsistencia de la función de los ideales, del contrato o pacto narcisista. El precio del vínculo es eso mismo que no podría ser cuestión entre los que liga, en su interés mutuo, en razón de la doble economía cruzada que rige las relaciones de los sujetos singulares y de la cadena de la que son miembros” (Kaës, 1993, pag. 329).

Encontramos aquí las dos caras de una misma moneda: cómo el *pacto denegativo* organiza positivamente el vínculo inter y transubjetivo, encargándose de ser el organizador

de los ideales y de las creencias comunes, con participación en los intereses conjuntos, etc., pero también negativamente: es también a través de él que el grupo se organiza entorno a rechazos o represiones, creando en esta zona de lo no significable, de lo no transformable auténticas zonas de silencio, “*bolsones de intoxicación*” que mantienen al sujeto ajeno a su propia historia, a no ser que el síntoma sea el encargado de vincularle a su historia no significable de otra manera, y sólo el síntoma psicótico o perverso nos hablará de ello.

Tomando nuevamente palabras del autor:

“los pactos denegativos en los conjuntos –y se trata de los grupos y de las familias, de las parejas y de las instituciones- son establecidos por un sellado de los inconscientes puestos de acuerdo para producirlos” (Kaës, 1993, 330).

Por su cuenta M. TH. Couchoud (1986) elabora el concepto de *alianza denegadora* para esclarecer los caracteres particulares de la represión en la psicosis donde el delirio en el hijo (y por qué no también el síntoma somático en cuanto que delirio en el cuerpo) puede entenderse como el modo de negación de lo que no ha podido ser reprimido por la madre, aquello sobre lo que ésta (la madre) no quiere pensar acerca de su propia historia. En este fenómeno el juego vincular mantiene en el escenario de la cotidianeidad los elementos no elaborables en la mente materna en una dialéctica existencial que posee una condición previa y que podría argumentarse como: “*sólo puedo pensar, hija, que estás loca*” – “*a través de mi delirio niego, madre, que estés depositando en mí tu locura porque tú no estás loca*”.

Así pues:

“la noción de alianza denegadora permite caracterizar una situación en la que el vínculo es utilizado para mantener fuera de la represión secundaria representaciones rechazadas por medio de la renegación” (Kaës, 1993, pag. 333).

Bueno, ahora me siento un poco mejor, menos desarmado.

Cuesta trabajo seguir estos planteamientos. Es que si pensar sobre esto es un poco desafiar, cuestionar nuestra propia posición en el grupo, sentir todo esto es un sufrimiento grande, profundo, al que yo me he visto abocado y donde me he perdido. Y por ello mi agradecimiento a los que me han precedido con un discurso diferente al que mamá porque permite otra lectura, otro lugar en el mundo donde encontrarme para poderme situar y ser para los míos.

Pero retomando la historia, decía que es entonces con la plena entrada en escena de esta pareja, mis bisabuelos paternos, lo que para mí determina aquello que viene después, y así generaciones sucesivas que derivamos de sus desfogos heredamos forzosamente el veneno que cuajaron mano a mano.

Primero los hijos, luego los nietos y finalmente los bisnietos. Quiera Dios que se libren los tataranietos porque haya quien se empeñe en encontrar el antídoto contra tanta mierda.

Confieso que me es más fácil odiarle a él que a ella.

Tal vez porque sus desmanes son más groseros, más evidentes. Son como los “síntomas positivos” que diría un psiquiatra. Los de ella son más sibilinos, callados: son los síntomas negativos, el aplanamiento afectivo del idiota. Los desmanes probablemente más peligrosos son los suyos porque siendo del mismo carácter insidiosamente maligno no se ven, se parecen a la yocaína de la Princesa Prometida: un veneno que ni se ve ni huele ni

tiene sabor. Conforman un crisol de omisiones, ausencias y presencias inadecuadas, conformismos, complicidades, silencios que callan y otorgan al verdugo la libertad de acción, pero ¿quién es el verdugo?.

Me cuesta probablemente más identificar las ausencias que las presencias, pero quizás también en mi mayor torpeza influya la condición de mujer de mi bisabuela. Podría llegar a decir incluso que la condición de mujer-madre de mi abuelo que indudablemente me pone delante de mi condición de hijo que levanta el dedo acusador contra las ausencias, conformismos o presencias inadecuadas de mi madre que también es mujer.

¡Oh maternidad incuestionable! (Weldon, 1988). El sublime amor de la madre no puede ni debe ser manchado por el hijo, y esa es la graciosa manera de ir añadiendo eslabones a la cadena, ese hijo no conocerá mujer pero sí otras madres y el díscolo carácter de sus hijos será la disculpa para esa agresividad generada e inoculada por una y por otro, finalmente descargada mediante cualquiera de las mil caras de la violencia.

Sin ser la perversión una cuestión de maldad (parece significar en latín “dar la vuelta, trastocar”) sí me es más fácil identificar la maldad como rasgo particular y dominante en la persona de mi bisabuelo que la misma maldad de seguro presente en la de mi bisabuela Clara.

Hay personas que uno ve con claridad, sin ser doctor, que están enfermas, que no pueden hacer otra cosa distinta porque están sujetas a una enfermedad que les limita, sea físicamente o sea afectiva o psíquicamente. Pero hay otro tipo de personas en las que se añade a lo anterior algo que no forma parte de la enfermedad y que es genuino a ellos, y en este caso ese rasgo de carácter es la maldad. Y yo considero a mis bisabuelos graves enfermos psíquicos, los dos lo son. Pero también malos. Muy malos. Y sé que manifestar tan explícitamente mi opinión es desagradable, molesto, quizás ofensivo para alguien, incluso injusto, pero existen datos, hechos, elementos de la realidad que no podemos obviar a no ser que queramos convertirnos en cómplices bienpensantes y silenciosos. Estos datos de realidad apuntan en la dirección del mal.

Así la realidad se manifiesta y se impone de forma brutal y nos descabalga de nuestras buenas intenciones que muchas veces encubren nuestra necesidad de pertenecer a la horda, nuestra cobardía moral o nuestro miedo.

Y este sería el segundo elemento que subrayaría como común a estas dos personas que fueron mis bisabuelos, mi familia: su cobardía. Un pacto de secreta complicidad en una cobardía que alimenta toda su vinculación. Una cobardía que macera una terrible agresividad por no poder dirigir el golpe contra el objeto temido y que sin embargo va a descargarse sin compasión en aquellos que son más débiles por ser más pequeños, más necesitados: sus hijos.

Selma Fraiberg (Fraiberg y cols., 1987) otorga una enorme importancia a los mecanismos defensivos que los padres utilizan para defenderse de los traumas o dificultades pasadas, señalando que la denegación del afecto asociado al trauma -o cadena traumática- junto con la identificación con el agresor conjugan una modalidad defensiva que termina en el maltrato del hijo, sea vía violencia expresa o una agresividad psicológica que

es una repetición de aquella sufrida en su propia infancia.

Hijos buscados para el desahogo.

Y se despachan no con uno ni con dos ¡hasta seis hijos les serán necesarios para colmar sus ansias de venganza!. Y ellos indefensos ofrecerán sus vidas a la voracidad de sus padres que se las comerán con patatas como Cronos creo que se comió a sus propios hijos.

Y si alguien, mi padre por ejemplo, me dice ¡pero bueno!, que de dónde saco yo el descaro suficiente para esta afirmación le plantaría delante de la vida de cada uno de esos seis hijos y entonces le pediría que fuera él quien tuviera el coraje de limpiar el color de la muerte de la negra sombra de sus idealizados abuelos, de aliviarles a ellos de cualquier tipo de responsabilidad sobre la loca actuación de sus hijos: sobre el suicidio de Francisco, la drogadicción y muerte de Gema, la caída libre en que se convirtió la vida desamparada de César, la sordera afectiva de Adolfo y véte tú a saber por qué se murió Jaime: sí, tal vez de miedo. ¿Y Clara?, de Clara apenas sé nada, sólo que prefirió vivir más cerca del fantasma de su abuelo muerto en La Bañeza que del de su padre vivo en Zamora.

Y mi padre, por ejemplo, me dice:

“Pero hijo -aquí es fundamental poner tono de voz paternalista ¿eh?- ¿qué le vamos a hacer? -ese odioso ni modo italiano, ese odioso conformismo que va de suyo en el nombre Adolfo- ¡las cosas fueron así! Los pobres bastante tuvieron con la época que les tocó vivir, también tuvieron sus problemas ¡no podemos vivir mirando para atrás, alimentando el odio ¿qué adelantaremos? ¡siempre estás igual!”.

Y yo le digo justo cuando él deja de escucharme:

“Es que no te das cuenta -aquí es fundamental poner tono de indignación, de cierto enfado- de que a tí no te hace falta mirar para atrás porque vives en el atrás?. Para ver a tus hijos, para pisar el futuro tienes que dejar de estar en el atrás, tal vez sintiendo lo prohibido, hablando de los anclajes, echando fuera lo que te impide mirar hacia delante ¿no te das cuenta, padre, -aquí fundamental coger carrerilla, a ver:- no te das cuenta de que tu abuelo no odia a sus hijos porque ni siquiera se ha parado a mirarlos si no que su odio era un odio destinado a sus padres y a la vez era el odio que sintió de su padre hacia él, en la silenciosa complicidad de la madre, lo que se llevó por delante la vida de sus propios hijos?”.

Pero ya digo que mi padre estaba en su crucigrama hace un cuarto de hora. Ciertamente es más fácil no pensar en esto y más productivo resolver el Damero Maldito. De hecho conviene apartar a quien plantea estas cosas tan raras porque el sufrimiento, la angustia que transpira les cuestiona en su acomodamiento moral y de paso da más que bien el coñazo si uno está tratando de dar con el segundo apellido de Juan de Borbón.

¿Por qué calco las tintas en este período histórico? ¿por qué no puedo dejar de sentir que es en esta generación donde se engendra la parte más oscura, más trágica del devenir familiar? ¿por qué no antes en la vida del medio judío-medio cristiano Hröetel? ¿por qué no salvo a mis bisabuelos considerándolas víctimas de sus padres?.

Pienso que no eximo a nadie de la responsabilidad sobre su vida, pero trato de encontrar los motivos que condicionan la posibilidad del ejercicio libre de tal responsabilidad -porque de otro modo no es tal- y es cierto, no tengo una razón neta, clara, indudable, pero me sorprende en mi posición inamovible. Tal vez por pensar que ellos tuvieron la oportunidad de

cuestionarse cosas, que dispusieron de recursos como para dar vuelta a la historia, recursos para encarar sus miedos, su ira.

Pero en lugar de ello despliegan su gigantesco abanico de egoísmo y con él se hartaron de embarrar las vidas de sus herederos. A veces descaradamente como el grosero comportamiento de él; otras más sutilmente, por ejemplo, al modo de obrar de la bisabuela Clara o como veremos y trataremos del modo más respetuoso posible, el obrar de Celia, mi abuela.

Y ciertamente esta es una característica común a muchas mujeres de esta historia: cuando llegan a ser madres trabajan silenciosamente. No adquieren papeles estelares pero sí son protagonistas. Hay que saber valorar sus movimientos en las sombras para ser justos con el peso de su ascendencia en el devenir familiar.

De momento no siento la menor necesidad de pedir disculpas a nadie.

Sé bien que mi padre, mi madre, mis hermanos, mis tíos y primos no piensan ni sienten del todo como yo. Sé que pueden sentirse dañados, ofendidos. Les pido en ese caso que relativicen ellos mismos su dolor porque de todos ellos sólo mi padre conoció de verdad a mi bisabuelo. Su hermano Arturo apenas tenía ocho años cuando el viejo murió.

Nadie más vivo conoció a la feliz pareja, así que no se escandalicen tanto.

O al menos, por favor, no molesten gritando tan alto como mi padre cuando me presenté (o quizás fuera más correcto decir que mi madre “me presentó”) ante él vestido como una niña y pintado como una puta después de un buen rato de que mi madre disfrutara jugando a las muñequitas conmigo.

El estaba trabajando y llegó con hambre a la casa “¡vé a ver a papá!”. Y el niño arrastró sus ocho años hasta el Hombre que según le vió, y de un certero golpe de desprecio, le arrebató cualquier posibilidad de volver a mirarle a la cara después de la buena mañana pasada con mamá.

Total, ¿quién quiere pensar que este juego inocente entre la madre y el hijo puede representar otra cosa distinta que una forma cualquiera de salir del aburrimiento?. Yo sigo estando convencido de que esa respuesta tan airada de mi padre responde más al hambre que al deseo.

En fin, aunque bien mirado, hambre, hambre, lo que se dice hambre ... no sé bien ... ¿recuerdan ustedes aquella niña que, con seis o siete años, fue adoptada como criada en la casa de mis abuelos paternos al tiempo del nacimiento de mi tío Arturo? ¿sí? (en caso contrario repase el lector distraído la Primera Parte).

Bueno, queda claro que el tiempo pasa para todos (¿quién recuerda el nombre de esa niña?) y es al filo de ese mismo transcurrir del tiempo por donde se va definiendo lentamente la función de cada uno. Los padres de esta niña adoptada, empleada, comprada ... ¡como lo quieran decir! que se llamará para siempre Felipa -sólo Felipa- asegurarán su pan y su sopa caliente y ella aprenderá bien su oficio. Y su oficio consistirá en servir, y no solamente los platos con sopa de ajo, sino en servir como instrumento para aquello que - pobre ignorante- se le requiera.

Y se le requerirá.

Por ejemplo para que a través de ella mi abuela paterna pueda decir cada día, en cada comida, a mi madre (al menos desde que yo tengo memoria) que su hijo -mi padre- seguía siendo hijo antes que marido, y que por eso ya había llenado la tripa en su mesa -la de mi

abuela- antes de llegar al plato -demasiado soso, o tal vez demasiado salado- que mi madre le tenía preparado y sazonado con la justa sal de sus lágrimas.

Y lo que más me jode es que él lo sabía, y yo sabía que lo sabía y que también sabía que yo lo sabía y no hacía nada. Porque él sabía de sobra que yo había estado con mi madre en la cocina y que la había visto llorar mientras pelaba las patatas, bien ella bien yo, tratando por Dios de que la rosácea no le llegara a los ojos porque como me dijo un día, si de un mal disgusto provocábamos que la rosácea subiera más arriba de su nariz se quedaría ciega para siempre. Y ya había perdido -mentira cochina- más de la mitad de su visión.

Y sepan ustedes que durante toda la vida de mis padres como matrimonio mis abuelos paternos y Felipa han vivido (hasta que murieron ellos, primero él, nueve años después ella) justo en el piso inferior al de mis padres, y que nuestras dos familias se mudaron tres veces de domicilio, mudanzas al mismo tiempo y encontrando siempre, sin necesidad aparente, esta modalidad de co-habitar: unos arriba, otros abajo.

Así que mi abuela y mi padre lo tenían fácil: él cada día, antes de subir a casa a no comer, pasaba por la de mis abuelos y era allí donde tenían preparado un platito que luego Felipa le diría a mi madre de qué coño era, pero siempre riquísimo.

Cuando mis abuelos murieron mi madre de ninguna manera consintió en prorrogar en su propia casa el contrato que Felipa tenía establecido con sus suegros y con su marido.

Así fue cómo la criada obtuvo su carta de libertad y se fue a vivir a ningún sitio, al menos para mí que nunca más mostré el menor interés por volver a verla. Una especie d'après-coup brutal me sacudió y lo que había sido hasta entonces una relación impregnada por el permanente olor a cebolleta de su aliento se convirtió en un amargo recuerdo empapado por las lágrimas de mi madre.

¡Pero cuidado!: esto sólo lo he visto yo. Nadie más de mi familia, ni mi padre, ni mis hermanos, ni siquiera (y esto es lo más gordo) mi madre, ha dejado de invitar a su casa y de visitar en la suya a este cariñoso personaje que nunca quiso aprender a mirar atrás.

Pero sí supieron colgarme a mí el letrero verde gusanito del reproche por no volverle a felicitar la Navidad a quien en otro tiempo nos rellenara tan exquisitamente el pavo.

Lo hicieron y lo hacen calladamente porque todavía no ha habido nadie con los huevos suficientes como para decírmelo en voz alta a la cara pero sé que lo piensan y que lo hablan. Soy receloso.

Humm ... ¡sí, eso!, estaba en la bonita recepción que montamos a mi padre disfrazado yo de Cenicienta: fue justo por aquella época también en que me ponía desnudo delante del espejo ¡maldita asociación libre! ocultando mis genitales entre mis piernas de modo que, sin disfraz, ni mi padre me habría reconocido ¡qué cosas!.

Por entonces lo de la identidad sexual y todo eso debía estar como cuajándose y yo contaba con la inestimable ayuda de mis padres para conjurar las ambigüedades. Incluso dispusieron para mí un buen banco de pruebas: su propia cama.

Y la cosa es tan vieja como el mundo, pero en esta ocasión me tocó a mí: pasábamos los tres meses de verano en las playas, ya lo he dicho, de Arminza, pueblo costero del País Vasco, hoy Euzkadi. Allí mis padres tienen un pisito regalo de mi abuelo paterno. Mi padre se quedaba los fines de semana y marchaba "a trabajar" el domingo por la tarde. Entonces comenzaban las noches en las que los tres pequeños, durante muchos años, nos

turnábamos para dormir con mi madre durante la semana: yo fui el último en salir de esa cama tal vez con diez o doce años.

Y fue a los veinte años que mi padre me contó su secreto.

Así que han sido muchas las noches que en esa cama he velado el sueño y la angustia de mi madre. Lo del sueño por entonces ya lo entendía, éramos seis niños muy pequeños y ella estaba sola al cuidado de todos en un pueblecito sin recursos lejos de todo y de todos. Sin embargo, lo de tanta angustia como ella sudaba no podía entenderlo, o si trataba de hacerlo encontraba la explicación en todo el amor que mi madre sentía por mi padre y lo desolada que encontraba cuando él tenía que marchar, forzosamente, para pagar nuestras vacaciones de niños ricos.

Y recuerdo cómo me pegaba a la puerta del dormitorio de mis padres cuando los domingos después de comer se metían allí para despedirse.

Les oía hablar sin entender, les oía discutir.

Mi padre salía y mi madre se quedaba siempre llorando y yo me asfixiaba espiando (¿o expiando?) su llanto y subiendo por la montaña hasta el pueblo detrás de ella sin que me viera, le seguía hasta la Iglesia y su misa de ocho, le esperaba a la salida, le protegía desde lo oscuro y yo sólo me volvía a jugar con mis hermanos cuando ella entraba en casa a preparar la cena. En esos sufrimientos secretos aprendí a pactar con Dios, me hice un buen negociante para partidas de otros y así pasé mucho tiempo. Solo. Bueno, con Dios y su Madre.

Únicamente dispuse de los elementos para comprender (lo cual no quiere decir que lo hiciera) cuando ocho o diez años después me lo explicó mi padre en su secreto: al parecer sobre mis seis o siete años él se enamora perdidamente de otra mujer y debió coincidir, como por casualidad, con mis horrorosos e inconfesables terrores a que tuviera un accidente en uno de los viajes de ida o vuelta a Arminza.

Es decir, la cualidad con la que -al menos yo- comparto la cama con mi madre en las ausencias de mi padre cambia absolutamente en un verano determinado y a raíz de un suceso concreto. Independientemente de que todo mi recuerdo estuviera teñido por la angustia de mi madre no debió ser todo el tiempo así, pero sí sucede que en un momento determinado paso de acompañar a sustituir, de tratar de hacer más llevadero a intentar llenar un vacío, una ausencia irremplazable porque él, al parecer, ya calentaba otro corazón y otra cama.

Por eso mi madre pasó del sueño del agotamiento absoluto a la angustia del abandono voraz aunque ella ni siquiera lo supiera.

O eso fue lo que mi padre nos contó (a mi hermana Rosa que me sigue en edad, y a mí), pero que por favor ni una palabra a nadie porque nadie lo sabía. Fue por vía epistolar en tanto estudiábamos la carrera lejos de la casa. El no sabía bien porqué pero decidió confesarse con nosotros de esa historia de amor que terminó después de muchos años (aunque entonces aún y para siempre seguiría para él, fue su amor auténtico), y terminó porque ella exigió tener un hijo suyo (y quizás asegurarse una pensión) y claro, mi padre reculó.

Desde luego que no sé aún si la historia es verdadera y si mi hermana y yo somos los únicos que lo sabemos (conscientemente). Nunca hablé de ello con nadie, ni siquiera con él. Recibía pasivamente sus cartas en las que mi padre se sinceraba, me contaba una y otra

vez su vida y su desgracia de la cual yo era una consecuencia más.

El decía a un hijo suyo que sus hijos eran un motivo muy importante de su felicidad en la vida pero que tenía que entender que esos mismos hijos eran los que le privaron de ser definitivamente feliz porque la mujer que amaba (y que no era mi madre) le dejó plantado porque él no quiso tener un hijo con ella. ¡Hombre! la cosa se puede entender en un serial de media tarde pero para mí, con la adolescencia aún pegada al sobaquillo y tratándose de mis padres ... no sé, será porque como dice el refrán "lo que Dios no da Salamanca no lo presta" pero yo de todo aquello no entendía nada de nada.

No obstante, la gran enseñanza que con los años pude entresacar de aquella escabrosa situación fue que lo que en la tele se soporta en la vida se complica.

Y por aquel entonces leía también las cartas que mi padre le escribía a mi hermana porque ella me las mostraba. Y hablábamos. Y le compadecíamos.

Tiempo después quemé aquellas lánguidas cartas de mi padre porque pensé que si por cualquier descuido mi madre llegaba a leerlas yo no me lo iba a poder perdonar. No me arrepiento de haberlo hecho aunque en aquella fogata quemara las pruebas de algo inimaginable cuyo rastro sólo queda ya en la cicatriz de mi corazón. Sé bien que es muy posible que este secreto anide también en el desván de cada uno de mis hermanos excepto, probablemente, el desván del primogénito y que en todos ellos como en el mío figure el requerimiento de "pero no se lo digas a nadie". Y aunque no fuera así, da igual, consta seguro en el haber de sus heridas abiertas.

Sin embargo nunca me quedó claro porqué justo después de ese verano estuve dos años y medio sin poder hablar nada, en absoluto, ni una palabra ni con mi hermana ni con mi padre. Fueron dos años y medio, quizás tres, en los que anduve dolidamente callado y ya nunca volví a hablar como antes. Ellos sí hablaban y empezaron a quererse y a demostrarlo como nunca antes lo habían hecho.

Pero a mí algo que no estaba claro en aquel asunto me reventó en las entrañas y por eso debí perder mi inocencia.

Me volví receloso.

Todavía hoy quien quiera puede entrar en el cuarto que mi padre dispuso para sí y que le hace las veces de "despacho-venido-a-menos" (el mismo que tuvo mi bisabuelo, mi abuelo y mi padre, sólo que en otros tiempos) pero despacho al fin en el que aún mi padre conserva la caja fuerte que mi tío-abuelo César violó para regocijo de su padre, El Cruel, y si mira debajo de un bonito cuadrado (al que cada mañana mi madre quita el polvo) que reza "LAS MUJERES DE MI VIDA" puede ver y contar las fotos de las mujeres de la vida de mi padre y verá que están todas las oficiales (su madre, la mía -no me sale poner "su mujer"- y mis cuatro hermanas) pero hay una foto más, la de un sauce llorón al pie del pozo que mi padre tiene en "su campo".

La sombra de ese sauce es la de ella y bajo esa sombra, la de ella, estamos todos nosotros.

3. Algunas consecuencias individuales y familiares de la denuncia de las alianzas inconscientes (toma de conciencia y acceso a la palabra)

"En cierto sentido, aquí es donde la historia debería

275

terminar (...). Parecería que así concluye la representación, que lo único que falta es la última llamada a escena para recibir los aplausos. Pero resulta que esto es sólo el principio. Lo que he escrito hasta ahora no es más que un preludio, una rápida sinopsis de todo lo que viene antes de la historia que tengo que contar. Si no hubiera nada más que esto, no habría nada en absoluto, porque nada me habría impulsado a empezar. Sólo la oscuridad tiene la fuerza necesaria para hacer que un hombre le abra su corazón al mundo, y la oscuridad es lo que me rodea cada vez que pienso en lo sucedido. Si hace falta valor para escribir acerca de ello, también es cierto que sé que escribir es la única posibilidad que tengo de escapar. Pero dudo que esto ocurra, ni siquiera suponiendo que consiga contar la verdad. Las historias sin final no pueden hacer otra cosa que continuar eternamente, y verse atrapado en una de ellas significa que morirás antes de haber interpretado tu papel hasta el final. Mi única esperanza es que lo que tengo que decir tenga un final, que encuentre en alguna parte un claro en la oscuridad. Esta esperanza es lo que defino como valor, pero que haya razones para la esperanza es otra cuestión enteramente distinta.” (Auster, 1986, pag. 254)

Tal vez sea hora ya de meter mano a lo sucedido esta Nochevieja, es decir la del pasado año 2005, en la casa de mis padres.

Si difícil es de contar más difícil resulta de creer, pero debo aceptarlo como una consecuencia inevitable de la osadía cometida al rebelarme contra el designio familiar “... al revelar o disgregar” o lo que es lo mismo “hacerme consciente de” algún tipo de alianza, secreto y pacto inconsciente en el cual crecí pero en el que decidí no morir: los traidores a la causa reciben los efectos violentos del grupo, de la familia, en justo pago a la traición cometida. Bueno, René Kaës ya me lo advirtió.

Es largo porque viene de lejos pero trataré de ser conciso.

La última vez que pasamos algún día de Navidad en aquella casa fue hace cuatro años. Por entonces Ricardo (de los dos que tengo mi segundo hijo) apenas tenía ocho meses y no habíamos vuelto desde entonces.

Han pasado pues cuatro Navidades y cada una de ellas (cada una un desafío) tuvo su aquel para decidarnos a no viajar hasta Zamora. Las celebramos a nuestro modo en nuestra casa de Badajoz y digamos que ninguna de ellas estuvo nada, nada mal.

Pero este año es especial y lo sé desde que empezó. Están sucediendo cosas determinantes en mi modo de sentirme y en mi modo de sentir a las personas que me rodean, a las que quiero y a las que no quiero, en el modo de sentir mi trabajo y las cosas que tengo.

También suceden este año de 2005 cosas muy importantes en otro nivel de realidad que motivan nuevos sentimientos y refuerzan los que de por sí van viniendo. Por ejemplo, éste año Ricardo no se ha puesto enfermo más que muy levemente y ha logrado sobrevivir valientemente al primer año de colegio; Pedro, mi hijo el mayor que tiene ocho años, ha hecho grandes progresos hacia su autonomía y demuestra ser un chaval inteligente y

agradable para sus compañeros y profesores; Clara ha consolidado su puesto de trabajo en Badajoz, a cinco minutos de casa desterrando para siempre el fantasma del coche y los viajes diarios que durante tantos años tuvo que hacer, ha consolidado igualmente su cualificación oficial como Profesora Titular de Semiología en la Facultad de Filología de la Universidad de Extremadura, logro importantísimo en su vida curricular, ha logrado ser nombrada Investigadora Jefe del Equipo de Investigación para la Integración de Lenguas Románicas del Instituto Cervantes en Madrid y este nombramiento vino a culminar casi veinte años de trabajo esforzado y ciertamente valorado, mas es como si este reconocimiento fuera justamente ahora refrendado de forma oficial por sus superiores y sus compañeros: en este año.

Por mi parte ya dije que me pasé llorando los cuatro primeros meses del año por dejar de fumar (que dejé de fumar), y sin querer vinculé esos cuatro meses de llanto con los cuatro primeros años que dice mi madre que me pasé llorando cuando niño (paradojas de la vida: fumé por lo que lloré y lloro por dejar de fumar).

Quiero decir que para mí no es casual que este año dejara yo de fumar si tenemos en cuenta los sesudos estudios que vinculan la necesidad de fumar con los componentes psicóticos de la personalidad del fumador, y aquellos otros que vinculan estos componentes de la personalidad con los vínculos primigenios que cada cual soportó y soporta.

Y será que como no hago más que darle vueltas a este asunto se me olvidan las ganas de fumar mi paquete y medio de Chester.

Pero por otro lado, habiendo ya tirado el clinex y tal vez apoyado en estos logros y alegrías que nos da mi mujer, éste año también me decido y embarcado con mis socios nos compramos el local de nuestro estudio en el que me siento a veces bien y a veces angustiado (tal vez fuera una decisión precipitada, tal vez no) pero de hecho paso a ocupar el despacho más grande -paso a ser el primero- de un estudio de arquitectura grande.

Yo mismo me había aprendido muy bien el lugar que me correspondía, dónde debía estar, cual era el lugar de los Arturo y resulta todo un desafío a la culpa darme un derecho que parece que le robo a otro.

Sí, decididamente este sentimiento de derecho robado a otro es francamente curioso.

Y me cruje el corazón si llego a pensar que el cáncer que hoy envidia la vida de mi hermano mayor tiene algo que ver con este quitarme de la posición reservada para mí: yo no sé jugar al mus ni quiero aprender pero sí sé que cuando mi padre le servía el Vega Sicilia yo no podía dejar de sentir que lo hacía no tanto por el gusto de ofrecer sus mejores caldos a su primogénito como para que los demás asistiéramos a la ceremonia, cosa que se aseguraba al no servir ni un vaso más de los sentados a la mesa, y eso pasó hasta el día en que Alicia -la más impulsiva de mis hermanas- no pudo sujetar más su genio y agarrando la sagrada botella se hartó de rellenarla con Casera.

Durante muchísimos años yo envidié hasta el final la situación del primero. Envidié esa copa que se llenaba. Odié la mano que la cogía y los labios que saboreaban el caldo. La envidia formaba parte del juego: lo que convertía a un buen vino en un bien y placer inalcanzable era definido por mi padre. Pero sin saberlo creo que envidiaba algo que no existía, una posición imposible porque mi padre sólo se prefiere a sí mismo. Después de tantos años me dí cuenta de que mi hermano también era víctima de la ceguera paterna.

También es en este año donde tomo conciencia de todo lo que mis hijos me quieren enseñar desde que nacieron y todo lo que me hace falta cambiar y aprender para llegar a

quererlos como se merecen. Decido atreverme a tratar de amarlos de verdad.

Bueno, en fin, que empecé el año dos mil cinco dejando de fumar y éste acto saludable lo tomo como un indicador más de un continuo proceso de cambio interno que se inició con el tratamiento de mi neurosis, mi psicosis, mi perversión o lo que fuera y éste soterrado proceso de vez en cuando hace ¡¡crákk!! manifestándose netamente, como si del fondo de la tierra emergiera una nueva formación rocosa.

Cuando pienso en ello me lo imagino como cuando se sube por una escalera: ascendiendo por los escalones cada uno implica una posición en el espacio diferente, percibe las cosas de modo distinto y al cabo de unos cuantos escalones se encuentra el descansillo de la escalera que denota la culminación de un tramo.

Esta metáfora es útil para introducir los jalones que desde que terminé mi tratamiento señalan la culminación de un tramo en mi proceso de cambio y a la vez permiten que descansen en ellos para continuar mi camino por la vida. Insisto en que la significación que tienen en mi vida determinados hechos concretos (por ejemplo dejar de fumar) deben ser interpretarlos como fenómenos que recogerían, aunarían, serían la manifestación de la culminación de un proceso de cambio/s interno/s y externo/s -a nivel personal, de pareja, familiar, laboral, etc.- y que a la vez esa manifestación externa, obvia, neta y descarada fundamenta los cambios venideros.

Por otro lado está claro que mis cambios internos son también externos y es en la relación con mi mujer Clara donde han tenido la posibilidad de enraizarse en lo real de la vida para a partir de ahí desarrollarse. Esto motiva que mi relación de pareja jamás sea definitiva para mí: me alimenta y se alimenta de mí, toma de mi mujer igual que de mí, me revuelve y me sosiega, me fundamenta en la vida y desde ahí se generan otros vínculos. Yo creo que la conciencia de su necesidad a mí más que debilitarme me hizo fuerte pero me costó mucho aceptar esta condición de sujeto necesitado: aprendí tal vez a pedirle lo que sí me podía dar.

Un fruto recogido y perteneciente a mi cosecha en los once años que vivimos los dos juntos, sin hijos, fue sin duda atreverme a dar el salto en el vacío que implicó trabajar como arquitecto autónomo, posibilidad que sin duda debo en la mitad a la fuerza de mi mujer y que yo no pude aprovechar hasta el año 1993. Hasta entonces, y desde que empecé a trabajar en el año 1986, mi trabajo era una réplica del de mi madre, siempre se ha dicho que los perros se parecen a los amos: era administrativo en contrato fijo como ella.

Que Clara y yo engendráramos el coraje de tener a nuestro hijo Pedro fue maravilloso: él tal vez signifique el primer descanso en la lucha que hasta ese momento era mi vida a la vez que implicó la violación de una Ley implícita en la legislación de mi "familia-de-origen" relativa a quién podía tener descendencia y quién no, de modo que significó todo un desafío, una apuesta arriesgada frente al destino dibujado para nuestra pareja porque dejábamos muy claro que apostábamos por nuestra capacidad y posibilidad de amarnos.

Desde luego que no fue fácil soportar los desaires, las comparaciones, las trampas del pasado, los miedos y angustias del presente que apuntaban a un futuro en soledad. No fue fácil proteger a Pedro y no siempre lo conseguimos porque llovía fuerte.

Y no fue fácil porque además estábamos solos.

Aunque tal vez mejor solos que mal acompañados porque fue esa soledad forzada la que también permitió una intimidad que finalmente nos fortaleció como pareja. No fue fácil. Pudo habernos destrozado.

Ahora sólo espero haber querido a Pedro lo suficientemente bien como para que pueda utilizar sus armas, que las tiene, para luchar por ser feliz y disfrutar de su vida.

Ya éramos tres y dejamos atrás la soledad (ése fue un impuesto más que se nos exigió por incumplir la Ley) porque amasamos la capacidad para elaborar algunas de nuestras angustias fundamentales y también esta nueva situación dió paso a la ilusión y el deseo de tener otro hijo. Y a los tres años y medio de nacer Pedro tuvimos a Ricardo que ha supuesto para mí un nuevo y profundo revolcón, una “convulsión” enorme que me explico porque Ricardo es el segundo, como yo, y me he visto a cada instante en él. Y yo repetía en él lo que fue para mí. Y dejé de querer a Clara porque ella me lo decía.

Entonces Clara me advirtió muy seriamente: o las cosas cambiaban de rumbo (con ella y con Ricardo) o ella se iba.

Si miro a mi pasado y me pregunto porqué pude perder de vista a mi mujer y a mi hijo encuentro explicaciones pero ya no son justificaciones. Sin embargo durante mucho tiempo quise justificarme en las explicaciones y la cosa no es así. Vivimos el tiempo en presente y cuando se pasa ya no está, somos responsables de lo que hacemos o dejamos de hacer en ese tiempo y no valen las monsergas.

Si convulsión fue para mí, para mi “familia-de-origen” la llegada de Ricardo no fue ya una violación de la Ley implícita sino una especie de blasfemia: un escupitajo a la cara del Juez porque sin la lección aprendida le retábamos nuevamente: el segundo y la extranjera tienen dos hijos, dicen que se quieren, que quieren al primero y que están más que dispuestos a querer también a su segundo ¡cómo!.

Y esto es lo que en mi familia es imposible de aceptar.

Esto creo que es justamente lo que motiva que en Nochevieja, cuando llegamos a Zamora para cenar en amor y compañía de la familia, después de cuatro años de no ir en Navidad, de prácticamente no pisar esa casa durante cuatro años, y a raíz de un detalle motivado por Ricardo (en justa respuesta a una provocación de un tío suyo llamado Alipio, supuestamente casado con mi hermana Rosa (la que me sigue)), pero nada más llegar desde Badajoz, sobre las ocho de la noche, empieza una terrible discusión-degüello en donde lo que se está jugando de fondo es: si tú insistes en ponerte de parte de Ricardo, si insistes en quererle entonces véte de esta casa y llévate a tu mujer y a tus hijos. No te queremos volver a ver. ¡¡Fuera!! A gritos. A cuchilladas. Pero me lo dicen mis hermanas, todas menos Marina (la pequeña, 30 años) que no está. Quizás por eso.

Mis padres si están. Es su casa. Callados. Agazapados. Consintiendo un linchamiento que no logra serlo porque el indio se resiste como gato panza arriba. No se le puede hacer callar porque ya no tiene miedo. No hay forma. Se siente fuerte, le alimenta la razón y se vé como su mujer y sus hijos están descaradamente con él ¡cojones! ¡que no hay manera!.

La cosa es tan gorda que mi mujer en el cuarto de estar tiene que advertir de que tiene un móvil y que no dudará en llamar a la policía si el acoso a Ricardo -regocijo para el abuelito- no para en ese mismo instante porque al estar su padre ocupado con las hienas en la cocina no puede partírla la cara al gilipollas de Alipio que se refugia en ese cuarto de estar.

Y tienen el descaro de quedarse a cenar en Nochevieja.

También cenó mi hermano con su familia aquella cena. Fue la última del Año y muy probablemente, únicamente la última.

A la mañana siguiente, Día del Año, en mi familia-de-origen es tradición sagrada (legendaria) comer “todos juntos”. Mi hermano me llamó porque quería hablar conmigo de algunas “situaciones violentas” que parece ser que provoco. Le mandé a hacer puñetas.

Pasé a despedirme de mis padres. Nadie dijo nada.

Adiós.

Después, como habíamos quedado con nuestros amigos Jaime e Inés y con sus hijos bajamos a la Plaza Mayor. Pudimos hablar con ellos de lo que había pasado, nos tomamos unas cañas y nos dimos un buen par de besos y un buen par de abrazos.

Cogimos el coche y a la una y media salimos de Zamora. A las siete y media estábamos en Badajoz.

De esto han pasado tres meses, hoy es mi cumpleaños y todos mis hermanos, uno por uno excepto mi hermana Rosa -aquella del silencio, cómplice electa de mi padre- me han llamado para felicitarme como si nada hubiera pasado. Al encontrarse con mi respuesta incrédula, seca, regulan y se muestran ofendidos. Mi hermana Marina, la pequeña ausente en la reyerta, habla un poco más conmigo y me dice que se separa de su marido, en siete días él está fuera de la casa.

En estos tres meses la primera noticia que de por allí tuve ocurrió a las dos semanas aproximadamente.

Hasta entonces nadie llamó a ver cómo habíamos empezado el año o si nos habíamos atragantado con los turrone.

A los quince días, habiendo roto su costumbre -desde Diciembre de 1986, hace exactamente 19 años, me llama con exactitud suiza a las diez y diez de cada domingo (sin duda alguna para sorprenderme con la espontaneidad de su deseo de hablar conmigo)- mi madre me avisa de que la hermana de Felipa (j) había muerto. Supongo que en un amago de chantaje culpógeno alucinó la posibilidad de que yo llamara para dar el pésame (vuelta al redil) o algo así. La muerte, siempre la muerte.

El catorce de febrero a mi hermano mayor, Adolfo Tresmares Paz, Tres, le diagnostican una carcinomatosis peritoneal por mesotiloma difuso de bajo grado con linfagitis carcinomatosa. Mi hermana Alicia, microbióloga, me explica por e-mail y por teléfono que se trata de un tipo de tumor cancerígeno en tan avanzado estado que resulta imposible su cirugía y que hoy no tiene tratamiento curativo.

Fuí a verle.

Rezo, confío en un milagro de la medicina y en que Dios le ayude.

DISCUSION

Durante muchos años soy testigo privilegiado y a la vez me siento copartícipe y coparticipante del desarrollo personal de una buena persona, Arturo, de los logros y momentos felices de su vida y del dolor y profundo sufrimiento de los más tristes.

Me siento muy agradecido a él porque su influencia ha sido muy importante en el desarrollo de mi propia vida profesional y personal. Mi compromiso con él supuso el que yo tuviera que estudiar y que organizarme teóricamente para poder adentrarme, con riesgo

pero responsablemente, en aquellos componentes de su personalidad y de la patológica dinámica inconsciente de su “familia-de-origen” que se asemejaban a terrenos minados o sembrados de arenas movedizas dispuestas a engullirnos a los dos a nada que nos descuidáramos.

Arturo, por su parte, también tuvo que estudiar cómo desactivar las minas.

Así, tomados de la mano, tuvimos que recurrir a autores como, entre otros, Piera Aulagnier, René Käs, Jean Clavreul, Peter Fonagy o Estela V. Weldon que iluminaban primeramente el incierto camino del tratamiento individual, pero, y no menos importante, aportaron también su luz para poder situar adecuadamente los profundos cambios que en el carácter de los vínculos y estructuras familiares se fueron dando en paralelo al desarrollo del proceso terapéutico y aquellos otros cambios que aun hoy, después de transcurridos casi quince años de haber finalizado el tratamiento, se siguen produciendo.

Huelga decir que cuando uno trata de organizarse teóricamente es que también se siente desorganizado afectivamente y de este modo trata de organizar su mundo psicológico interno. El caso de Arturo, probablemente debido a la cualidad de su patología rayana en la perversión, ha cuestionado sin piedad mis certezas psíquicas, mis convicciones afectivas y mis relaciones personales, es decir, probablemente mis “*cuestiones fundamentales*” (Aulagnier, 1984, pag. 2). En este sentido debo subrayar también que mis propios apoyos externos al caso han resultado igualmente imprescindibles, en más de una ocasión, para no perderme en la niebla.

Creo que en este cuestionamiento permanente a lo largo de tantos años he crecido no sólo en el saber teórico o técnico, sino que pienso y siento que fundamentalmente soy mejor persona y por ello, como he dicho más arriba, mi recuerdo agradecido a quien otrora fuera mi paciente, Arturo.

1. Caminos de ida y vuelta

La locura precede al sujeto pero el sujeto es la locura. La lucha por la vida necesita, al menos, de un mínimo punto de apoyo.

La locura está fuera del sujeto pero el sujeto es la locura. Arturo es la locura que permanentemente está afuera.

Realidad interna, realidad externa.

En la Introducción a la Edición Española del libro de R.D. Storolow y G.E. Atwood “*Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*” el Dr. Riera comenta un trabajo anterior de los autores, “*Caras en una nube*”, y afirma:

“*Faces in a Cloud* es un estudio sobre cuatro de los grandes pioneros del psicoanálisis (Freud, Jung, Reich y Rank) en el que se analiza el paralelismo entre sus biografías y la particular teoría psicoanalítica que cada uno de ellos desarrolló. El libro muestra cómo cada teoría psicoanalítica es el resultado de la manera subjetiva que cada autor tiene de organizar el mundo psicológico a partir de las convicciones emocionales que ha desarrollado en su propia historia” (Riera, 2004 en Storolow y Atwood, 1992, pags. 13-14).

Pienso que también Arturo, como cualquier otra persona -aunque ciertamente con mayor grado de necesidad que la inmensa mayoría- es un teórico de su propia vida y que igualmente trata de organizar *su* mundo psicológico (no ya el ambicioso/impersonal “*el*

mundo psicológico” con el que Freud y sus discípulos trataban) a partir de las certezas emocionales que va redescubriendo en su tratamiento. Certezas que en su vida no solamente no tuvieron ocasión de ser validadas, más bien al contrario fueron ignoradas cuando no negadas dando paso a la inoculación de otras muy distintas y en todo caso ajenas a él mismo.

A lo largo de buena parte de su vida Arturo trata de establecer los factores de una ecuación imposible, factores que en sí mismos son igualmente imposibles dados los escasísimos elementos convergentes.

Por un lado posee una *“memoria implícita”* (Schacter y Buckner, 1998) que le hace saber (aún sin ser consciente de ello) cómo fueron en realidad para él las cosas que se movieron en su pasado, en la historia de su familia, y también le enseña cómo son las cosas que se mueven en su presente. Esta memoria implícita fundamenta en gran medida su inconsciente y dirige su conducta:

“Las estrategias de apego, incluyendo sus componentes defensivos y conflictivos, son ejemplo de las representaciones no conscientes (Stern y col.,; Lyons-Ruth, 1999). Tales representaciones tempranas implícitas pero no simbolizadas serían un modo de conceptualizar el evocador concepto de Bollas de *“lo sabido no pensado”* (1987). En la perspectiva desarrollada aquí, estas representaciones de puesta en acto codifican la estructura profunda del diálogo afectivo temprano infanto-parental, incluyendo eliminaciones y distorsiones en el diálogo que finalmente se convertirán en defensas intrapsíquicas” (Lyons-Ruth, 2003).

Por otro lado Arturo es poseedor de una *“memoria explícita”* que apunta a la conciencia y ahí es dónde en principio emerge de un modo rígido un predominante sentimiento del *self* que responde a las exigencias implícitas de identificación masiva o alienación al decir familiar. Aunque es cierto también que paralelamente discurre un precario (aunque permanente) sentimiento del *self* que escapa a esta sumisión o plegamiento, sentimiento desde donde busca respuestas que intuitivamente sabe que sólo podrá encontrar en una relación diferente.

Y el sujeto, desde niño, va buscando relaciones (con libros, teorías, animales de compañía, personas y síntomas) que irán contrapesando las inconscientes exigencias de identificación con la locura familiar.

Finalmente llega el momento en el que la ecuación entre factores imposibles se manifiesta como igualmente imposible de resolver: la memoria implícita de Arturo choca de frente con su personalidad *“como sí”* debido a que el peso de los vínculos sanos -y determinante es en este sentido el que establece a los veinte años con Clara, por entonces joven estudiante con la que terminará casándose- ha ido inclinando el fiel de la balanza hacia la posibilidad de dar a la angustia un lugar en su consciente. Así dispondrá de la capacidad de sufrir conscientemente y su sufrimiento le conducirá a tratar de encontrar una respuesta distinta a la inscrita en su historia personal, en un tratamiento psicológico.

Aquí las cosas de dentro empiezan decididamente a cambiar. Y estos cambios internos motivarán que se refuercen los vínculos que habían ido alimentando la posibilidad de un tratamiento en una suerte de saludable *feed-back*.

Sin embargo algo no cambia: erguida en su rigidez se mantiene incolumne la inconsciente exigencia familiar, la locura familiar reside en Zamora.

Al modo en que el novelista necesita escribir (y como nos enseñó Carmen Martín-Gaité sólo escribe una misma y única novela a lo largo de su vida como escritor) Arturo necesitará reinterpretar una y otra vez su vida, sus acontecimientos. Necesitará obsesivamente darles

el sentido que obran para él ¿quién dice que esto no es un síntoma?.

Sin duda es este carácter obsesivo lo que indica una solución de compromiso, “un-estar-loco-pero-menos” frente al designio que le esperaba en el fondo de un acantilado y que había sido pulido de generación en generación:

“Mientras la historia de la vida de un individuo no puede cambiar, no obstante puede ser contada o reconstruída en muchas formas diferentes y este procesamiento diferente constituye la capacidad de modificación del destino” (Bleichmar, 2004).

Discurso al fin menos enloquecido y menos enloquecedor porque posibilita un mayor campo para la duda, para la crítica y el crecimiento.

La reciente, última, definitiva y violenta manifestación de la familia de origen confirmaría que el nuevo texto que Arturo y su familia van escribiendo -con todas las dificultades- es un texto sacrílego.

Hago mías aquí las palabras de Piera Aulagnier:

“Si la clínica nos da a oír historias llenas de silencio y de furor tanto más significantes porque su sentido se nos escapa, la historia teórica trata de las causas responsables de este aparente no-sentido, de los blancos diseminados por ciertos capítulos, de las repeticiones, de la confusión de los tiempos y de los géneros, que en grados diversos aquejan a estas biografías.

Pero sea profano o teórico el autor, un mismo interrogante parece estar en el centro de su interés: ¿qué causa puede dar razón de ese combate que nunca se gana y nunca se pierde de manera definitiva, y que el yo periódicamente debe librar para apropiarse de posiciones y defenderlas, posiciones sin las cuales no podría ni orientarse, ni auto-investir su propio espacio identificador, conquistado a brazo partido y nunca a salvo del riesgo de ser colonizado por un amo extranjero o reconquistado por un adversario interno que tratará de excluir al propietario legítimo? Para precaverse de este doble peligro, el yo tendrá que conservar a su disposición títulos de propiedad que garanticen, a él y a los demás, el carácter inalienable de su espacio corporal y de su espacio psíquico. Pero sucede que el yo ha perdido la mayor parte de los documentos que demostrarán cómo, desde su advenimiento, ha desbrozado centímetro a centímetro una pequeña superficie del espacio psíquico para hacérsela habitable; cómo ha conseguido en un combate con desiguales armas, desalojar a esos seres arcaicos y fantasmáticos que fueron sus primeros y únicos habitantes; cómo ha debido aliarse, para conseguirlo, al yo de los que ya habían operado ese trabajo en su propia psique, al tiempo mismo que lograba rehusarles el derecho de ser los únicos en decidir sobre cultivos permitidos o prohibidos. Para dar testimonio de que este espacio es en efecto el suyo, de que su pasado de propietario atestigua a ojos de la “ley” que no es ni un usurpador ni un extranjero entrometido en un lugar del que no conocería ni la lengua, ni las prohibiciones, ni los indicadores espaciotemporales, el yo no encontrará en sus archivos más que relatos breves, más o menos verídicos, contratos más o menos pretéritos, partes de victoria o de derrota que sólo atañen a una pequeña parte de las batallas determinantes de su historia y, además privilegiadas por razones que hasta le resultan enigmáticas. La tarea del yo consistirá en transformar esos documentos fragmentarios en una construcción histórica que aporte al autor y a sus interlocutores la sensación de una continuidad temporal. Sólo con esta condición podrá anudar lo que es a lo que ha sido y proyectar al futuro un devenir que conjugue la posibilidad y el deseo de un cambio con la preservación de esa parte de cosa “propia”, “singular”, “no transformable”, que le evite encontrar en su futuro la imagen de un desconocido, que imposibilitaría al que la mira investirla como la suya propia.” (Aulagnier, 1984, pags. 13-14)

2. El porta-voz

2.1 - “... toda modificación en las alianzas, los contratos o los pactos pone en cuestión la

organización intrapsíquica de cada sujeto singular. Recíprocamente, toda modificación de la estructura, de la economía o de la dinámica del conjunto choca con las fuerzas que sostienen el pacto como componente irreductible del vínculo en el conjunto” (Kaës, 1993, pag. 366).

En nuestro trabajo hemos partido de una interpretación relativa a algunas de las más llamativas alianzas inconscientes que hipotéticamente estructuran el carácter patológico de un grupo familiar.

Después tratamos de pensar sobre el modo en el que el grupo va cambiando su dinámica vincular inconsciente, reajustándose para mantener intactas las alianzas esenciales y posteriormente analizamos las consecuencias que estas modificaciones estructurales arrastran en la administración de las energías psíquicas de los sujetos singulares en un proceso que transcurre entremezclado y en paralelo, a lo largo de los años, con el camino optativo que un miembro de la familia, Arturo, eligió a título individual.

Esta opción implicaba elegir él mismo su lugar -no sólo luchando contra la asignación familiar inconsciente de su lugar (en último término su alienación), sino venciendo manifiestamente en la lucha por la individuación-.

Y la otra cara de la individuación es la denuncia de las alianzas alienantes y el grupo se defiende porque ni quiere oír ni está preparado para hacerlo.

Es decir, la modificación de la organización intrapsíquica de un sujeto conlleva ineludiblemente una modificación de la estructura grupal o trans-subjetiva de la que el sujeto es parte constituyente, cambios pues en el grupo, en su economía y en su dinámica. Al chocar tal nueva organización psíquica individual con las fuerzas que sostienen las alianzas inconscientes, el sistema familiar -alcanzado un nivel de angustia insostenible que ponga en peligro la estabilidad de las alianzas inconscientes fundamentales- reacciona agresiva y masivamente como si de un sistema inmunológico se tratara frente a un agente bacteriano.

Cabe pensar que tal amenaza tenga que ver con la posibilidad de pensar: que algún otro componente más del grupo originario pueda llegar a pensar sobre su posición en las alianzas inconscientes.

El carácter abrupto, intenso y sorpresivo del ataque grupal apunta a la emergencia súbita de una defensa necesaria que se impone porque se ha dado inconscientemente una señal de peligro *legible sólo desde dentro del grupo* y a través de esta reacción defensiva el sistema logra el imprescindible y reajustado, aun patológico, equilibrio.

En este caso, la familia para sobrevivirse a sí misma necesita amputarse un miembro.

No obstante, este mecanismo defensivo no debería conmocionarnos demasiado dado que ya en 1913 Freud, en *“Tótem y Tabú”*, nos alerta de esta posibilidad al esclarecer la función social del tabú y advertirnos de las consecuencias de su violación. Quizás algo de ello sucediera en este caso:

“El hombre que ha infringido un tabú se hace tabú a su vez, porque posee la facultad peligrosa de incitar a los demás a seguir su ejemplo. Resulta, pues, realmente contagioso por cuanto dicho ejemplo impulsa a la imitación, y, por tanto, debe ser evitado a su vez (...) vemos también claramente por qué la transgresión de determinadas prohibiciones tabú trae consigo un crimen que debe ser castigado o expiado por todos los miembros de la sociedad si no quieren sufrir todas sus consecuencias (...) Dejando impune la violación advierten los demás su deseo de hacer lo mismo que el infractor” (Freud, 1913, pags. 436-437).

2.2 - Para poder contextualizar el hilo argumental de nuestro pensamiento necesitamos realizar ahora un intento de aproximación cabal a la particular concepción del *infans*, del yo

[Je] y del sujeto que Piera Aulagnier defiende y usa de modo preciso.

El *infans* es aquello que todavía no habla, es una psique por estructurar.

Desde éste punto de vista el yo [Je] es una instancia psíquica del sujeto con un modo propio de organización y funcionamiento. Su función como historiador consistiría en desarrollar una permanente construcción (e invención si es necesario) *“de una historia libidinal de la que extrae las causas que le hacen parecer razonables y aceptables las exigencias de las duras realidades con las que le es preciso cohabitar: el mundo exterior y ese mundo psíquico que, en buena parte, permanece ignoto para él.”* (Aulagnier, 1984, pag. 14)

El yo [Je] es *“afán de causalidad”*.

El sujeto sería una estructura y una dinámica que es más que el sumatorio de las instancias que le componen, pero todo lo que verdaderamente conforma al sujeto no puede establecerse ni cumplirse sin el yo [Je], instancia fundada en el lenguaje organizado y el pensamiento.

Para que el yo [Je] pueda advenir requiere de la función materna del porta-voz, función que se inscribe en un espacio habitado por la palabra y abonado por el pensamiento, espacio que precede al sujeto y en donde se articulan dos dimensiones diferenciadas del porta-voz:

a) por un lado es la palabra -acompañada de sus dimensiones físicas (tono de voz de la madre, cadencia, etc)- que comenta o predice las actividades o supuestos pensamientos o sentimientos del *infans* (apuntaría a la “función reflexiva” o “capacidad de mentalización de los padres” (Fonagy, 1999)). Esta primera dimensión de la función materna del porta-voz se impregna e impregna absolutamente en/a las miradas, sonrisas, llantos, encuentros y desencuentros entre las actitudes de la madre y el *infans*: *“Podría decirse que la madre lleva al niño a la palabra, en la palabra, que le abre la puerta a ella”* (Kaës, 1993, pag. 364).

b) por otro lado, la segunda dimensión de esta necesaria función materna para que el *infans* logre su estructura como sujeto conlleva que *“el porta-voz es también (...) aquel o aquella que porta la palabra de otro, o de más de un otro: una palabra que ha recibido en delegación, en lugar y posición de otro, que representa para otro. La madre cumple la función de enunciar prescripciones, prohibiciones, representaciones de las que no es causa ni origen (...). La madre es porta-voz de un orden intersubjetivo al que ella misma está sujeta y que organiza su propia subjetividad en su relación con la de su infans”* (Kaës, 1993, pag. 364).

2.3 - En tercer lugar señalamos que las alianzas inconscientes, en sus diferentes formas (entre otras y por su relevancia para nuestro caso: la comunidad de renegación, el contrato narcisista, la alianza denegativa y el pacto denegativo), son formaciones vinculares constitutivas de la realidad psíquica del sujeto singular en tanto que es sujeto del grupo

“... forman la materia de la realidad psíquica propia de un conjunto intersubjetivo: una pareja, un grupo, un conjunto más vasto o institucional. Desde el punto de vista del sujeto singular, las alianzas inconscientes pueden describirse bajo un triple punto de vista: como el efecto de la represión por el vínculo (función co-represora del otro), en el vínculo (hipótesis de un depósito de lo reprimido en el inconsciente de otro) y del vínculo mismo (conservación en el inconsciente de los sujetos de las representaciones intolerables que corresponden a su vínculo: identificaciones, relaciones de objeto, fantasías comunes y compartidas sobre las que pesan las prohibiciones fundamentales).” (Kaës, 1993, pag. 366)

Participar de estas alianzas implica tener carnet de identidad: a modo de pertenencia identitaria y referencias identificatorias el sujeto se reconoce y es reconocido por el grupo y se defiende de la angustia de estar sin lugar en la genealogía, “*sin asignación en el deseo del Otro*”.

¿Pero qué sucede cuando el precio de pertenecer a un grupo conlleva la posibilidad real de la muerte psíquica o física en un sujeto que, por no dejar de serlo, es capaz de sentir, incluso llegar a pensar sobre ello?.

2.4 - “Las alianzas inconscientes aseguran funciones específicas en el espacio intrapsíquico y al mismo tiempo sostienen la formación y los procesos de los vínculos intersubjetivos que a su vez refuerzan formaciones y procesos intrapsíquicos (...). La producción de síntomas compartidos tiene también esta función y esta finalidad: sujetar a cada sujeto a su síntoma en relación con la función que cumple en y para el vínculo (...). Las alianzas inconscientes intersubjetivas cumplen en efecto, en el más alto grado, la función de desconocimiento que se liga al síntoma” (Kaës, 1993, pag. 366).

En la fratría de Arturo encontramos dos hombres y cuatro mujeres. Únicamente los varones son o han sido miembros “sintomáticos” de enfermedad grave con riesgo de muerte o locura: el primogénito enfermó de cáncer en un testículo hace aproximadamente veinte años del que fue tratado mediante cirugía (extirpación del testículo) y radioterapia. En el mes de febrero de este año dos mil seis es nuevamente diagnosticado de un cáncer muy grave en el peritoneo del que está siendo tratado mediante quimioterapia. Este segundo diagnóstico se realiza a los dos meses de una profunda crisis familiar; el segundo varón (cuarto en la fratría) fue diagnosticado hace aproximadamente también veinte años de una grave neurosis obsesiva con fuertes componentes paranoides, se sometió y llevó a término su tratamiento en psicoterapia psicoanalítica de larga duración.

“Si sólo tomamos en consideración la función económica y dinámica que cumple el síntoma para el sujeto que lo produce inscribiéndolo en su historia singular y su estructura propia, dejamos de lado su valor en la economía de los vínculos intersubjetivos, es decir, dejamos de lado la investidura que recibe de parte del conjunto por mantener cohesionado al vínculo, a un precio que paga la represión de la parte del otro y de cada uno en la alianza (...) el síntoma (...) es sostenido (...) del lado de la complacencia somática y del lado psíquico (...). Freud muestra que un aporte suplementario ha fijado el síntoma y que proviene de un tercer lado: del lado del vínculo intersubjetivo, es decir, de las alianzas, los contratos y los pactos que sostienen juntamente los sujetos de un vínculo, a través del síntoma y del sufrimiento de aquel que en su lugar y posición de ellos se ha hecho su porta-cuerpo y su porta-síntoma, en tanto no llega a ser de esto el sujeto porta-voz. Y este porta-sufrimiento se constituye como tal para servir conjuntamente a su propio interés, al de aquellos a los que está ligado, y al del conjunto que de este modo ligan.” (Kaës, 1993, pag. 377)

Si retomámos por un momento lo expuesto más arriba en relación a la función materna del porta-voz e hiciéramos una lectura psicodinámica y relacional de las enfermedades sufridas por Arturo y su hermano Adolfo deberíamos también hacer una diferenciación gruesa: aparentemente el hermano primogénito tuvo mayores dificultades para lograr la consecución del yo [Je], y tal vez su hermano menor enferme vía psíquica y no somática debido justamente a lo contrario, a disponer de un historiador buscador de causalidades que le libra de la complacencia somática de la enfermedad:

“Podemos, pues, esperar que “allí donde las alianzas inconscientes eran, el yo [Je] pueda advenir” (Kaës, 1993, pag. 338).

Siguiendo nuestro propio afán causal inferimos que es muy probable que las dificultades del primogénito que convergen en la enfermedad somática se inerven en un área carencial que tenga más que ver con la segunda dimensión de la función del porta-voz :

“P. Aulagnier pone el acento sobre todo en el indicio libidinal del que la madre dota, por su actividad de porta-voz, a las experiencias del niño. Dicho de otro modo, la madre deja su huella sobre los objetos de la experiencia del niño, quien, según la fórmula de Lacan, traga el sentido con el objeto, y esta introyección originaria de un significante inscribe el rasgo unario en el vínculo entre la madre y el niño. La referencia que P. Aulagnier hace a Lacan se completa con la que toma de W. R. Bion: el niño sólo puede constituir objetos de pensamiento en la medida en que han sido primero transformados, en sus aspectos destructores, peligrosos y dolorosos, por la función alfa de la psique materna.” (Kaës, 1993, págs. 364-365)

Uno se pregunta hasta qué punto tanto la enfermedad mental de Arturo como sus “rarezas”, extraños pensamientos y protestas sobre injusticias sentidas no significaban para el hermano, en un registro profundamente inconsciente, una vía secundaria o subsidiaria de mentalización y auxilio para un yo empobrecido y abrumado por las exigencias inconscientes. Cuando finalmente se produce el repudio, cuando la familia se extirpa su miembro gangrenado por la conciencia, tales vías secundarias de acceso deficitario a la representación psíquica desaparecen y la tensión intrapsíquica aumenta.

Por otro lado, si alguna de las alianzas inconscientes históricamente inervadas en la genealogía familiar apuntara a la exigencia de la permanencia en la familia de un único varón como objeto de adoración, encontraría en este momento de inflexión y reorganización de la estructura familiar la oportunidad de estallar con toda su fuerza.

Probablemente la tensión intersubjetiva en el seno de la estructura familiar también aumentó a raíz de la crisis sufrida en el mes de enero de este año y del aparente “alivio” obtenido al provocar la ruptura con el hijo menor y su familia.

3. Está permitido hacer lo que se prohíbe pensar

“En el registro de lo prohibido se asiste a una separación entre el acto y el enunciado, opuesta a la que se observa en la neurosis. Que el hijo coma o aun que se atiborre; que duerma, lllore, o aun se entregue a actividades autoeróticas será tolerado por la madre a condición de que ningún enunciado infantil llegue a expresar a qué intuición del deseo materno dan a responder esos actos. Si esta fórmula “está prohibido desear lo prohibido” resume la conminación de la instancia represora en el registro de la neurosis, fórmula que supone un primer tiempo en que la formulación de ese deseo se produjo en la expresión de las demandas infantiles, en la psicosis la conminación se podría traducir en un “está prohibido pensar lo prohibido”. En el “nuevo hablar” materno están excluidos los términos que pudieran permitir, a la madre y al hijo, establecer una relación entre el trabajo somato-psíquico del hijo y el deseo materno como causa de ese trabajo. Toda decodificación, toda información que se refieran a lo que la madre no conoce de un deseo reprimido, pero conjuntamente negado, quedarán prohibidas. Se convierten en “crímenes del pensamiento”, castigados no por la “evaporación”, sino por la ruptura de la comunicación: el discurso del hijo le será reenviado como lo a-razonable por excelencia, lo falso, en definitiva, como la prueba evidente del mal funcionamiento de su actividad de pensamiento. Poco importa lo que el hijo pueda efectivamente ver, oír, del actuar materno o del actuar del grupo familiar: la escena se hará concreta, para su psique y en el interior de ella, en una mirada materna que le prohibirá comprender la significación así de lo visto como de la emoción que le pudo producir. El afecto sentido por el hijo ya no es función de la escena, sino de la desazón que lo ahoga ante la idea de correr el riesgo de trasgredir esa prohibición (ver, pensar, reaccionar a la significación o a la leyenda de la escena)” (Aulagnier, 1984, pag. 248).

Asistimos a un caso desgraciado de acoplamiento exacto entre esta distorsionada función materna y la ausencia del Padre que conduciría, más allá de la psicosis, hacia los inciertos terrenos de la perversión y la estructuración de los mecanismos que aseguran su

transmisión generacional.

Los hechos, como los síntomas, son tozudos y en una familia tan enferma como en la que Arturo “fue concebido” cabe perfectamente interpretar los hechos como síntomas. Y hoy estos hechos/síntomas denotan cómo en esta familia el aforismo freudiano debe ser modificado dejando el *infans* su lugar al *padre*: “Su Majestad el *padre*”.

Un *padre/infans* que pese a sus ochenta años consigue seguir siendo admirado, adulado, rodeado de *mujeres/hijas* prestas a ser seducidas por sus encantos bajo la mirada consentidora de la esposa.

Hasta cuatro *mujeres* -todas sus hijas- sin *hombre* al lado pero todas (excepto Alicia) con hijos que ofrecerle. Cabe señalar en positivo que Alicia, hermana mayor de Arturo, vive largas temporadas con su pareja con la que no ha llegado a casarse.

También son hechos que el hijo primogénito, que apenas tiene cincuenta años, está gravemente enfermo de un cáncer que amenaza por segunda vez su vida. El otro hijo varón, Arturo, también enfermó gravemente “*de la cabeza*”. Desde entonces, hace veintidós años - la familia sigue considerando que Arturo pasó de “*ser raro*” a enloquecer definitivamente- vive lejos y consigue querer a su mujer y a sus hijos al tiempo que trabajar productivamente.

Se podría interpretar que en esta familia los varones enferman de manera neta, sea somática o psíquicamente. La patología de las mujeres no responde a un cuadro fenomenológico claro, sin embargo sus relaciones de pareja o fracasan o presentan tan especiales características que hacen cuestionable su consideración como tal y sus vidas, hoy como ayer, siguen pivotando entorno al/los padre/s.

4. La posibilidad de una realidad distinta

Decir que la realidad es una abstracción y que existen tantas realidades como la infinita diversidad de percepciones e interpretaciones de un mismo sujeto es una obviedad, pero también es un punto de partida para afirmar que ese sujeto singular ha de llegar a sentir plenamente su derecho a poseer sus propios modos de sentir la realidad, esto es, su/s realidad/es, porque sólo a partir de ahí es susceptible de aceptar o de reconocer que otro (sujeto de derecho como él) puede vivir una realidad, un instante común, un mismo relámpago, con un sentido completamente diferente al suyo y es únicamente desde ahí desde donde el sujeto puede cambiar su modo de interpretar para poder aceptar la realidad del otro sin someterse.

Sólo se puede ceder desde el derecho a no hacerlo, y será la cesión mutua el proceso dinámico mediante el cual se pueda construir entre dos (o más) personas una realidad compartida, flexible y móvil que contrapesa la soledad de la vida, entendiendo aquí por *cesión* un concepto relacional que conlleva “*un cierto dejarse ir del sí mismo y, por tanto, implica también la capacidad para captar el punto de vista del otro sobre la realidad. La cesión nos lleva, por tanto, al reconocimiento –ser capaz de mantener la conexión con la mente del otro mientras que se acepta su individualidad y diferencia. La cesión implica la liberación frente a todo intento coercitivo o de control*” (Benjamin, 2004, pag. 9).

Pensamos que el caso presentado nos muestra cómo fue forzada una ruptura sin solución (interna) dado que la familia de origen, desde su patología, no supo o no pudo mínimamente ceder -ir cediendo a lo largo e los años- ante el derecho sentido por Arturo a

disponer de su propio modo de sentir y de vivir. Y él sí cedió, pero justo hasta el punto en que la oferta no podía ir un paso más allá porque el pago en carne ya no entraba a formar parte de lo que él estaba dispuesto a entregar.

Esta ruptura necesaria alcanza un punto álgido y manifiesto sin embargo las raíces de lo que sucede externamente radican en un largo proceso dinámico inconsciente de cuestionamiento y progresiva no asunción de determinadas condiciones impuestas por el grupo familia-de-origen para poder considerarse miembro del clan. Lejos de recibir pasivamente lo impuesto él cuestiona, y como sus propias condiciones son incompatibles por naturaleza con aquellas otras, la negociación finalizó.

Quizás la relación externa se mantenga de alguna manera.

Sólo desde esa distancia esta persona se sintió libre de entender, sentir y aceptar tanto sus necesidades de dependencia como lo importante que él mismo era para las personas que le querían y que, también, le necesitaban.

A partir de aquí está siendo más fácil para él construir una realidad suficientemente satisfactoria con aquellos dispuestos cómo él a ceder parte de sí mismos, alejando de sí el fantasma de la condena a la soledad eterna y haciéndole más llevadera la soledad inherente a la vida.

REFERENCIAS

- Aulagnier, P. (1967). La perversión como estructura. en *Piera Aulagnier et al. La perversión*, Barcelona, Azul Editorial, 2000, pags. 19-52.
- Aulagnier, P. (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo: del discurso identificante al discurso delirante*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1986.
- Auster, P. (1986). La habitación cerrada. en *Auster P. La trilogía de Nueva York*, Barcelona, pags. 213-335, Editorial Anagrama, 1996.
- Baranger, W. (1980). Acerca de la estructura perversa., *Revista de Psicoanálisis*, 1980, APA, 37.
- Benjamin, J. (2004). Más allá de la dualidad agente-paciente: una visión intersubjetiva del tercero, en *Intersubjetivo*, Junio 2004, Vol. 6, nº 1, pags. 7-38.
- Bleichmar, E. D. (2004). Modelos interactivos entre la genética de la conducta y la parentalización, en *Aperturas Psicoanalíticas* <http://www.aperturas.org/17dio.html>
- Bollas, C. (1987). *La sombra del objeto*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.
- Castoriadis-Aulagnier P. (1975). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1977.
- Clavreul, J. (1966). La pareja perversa, en *P. Aulagnier et al. El deseo y la perversión*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1984.
- Clavreul, J. (1967). El perverso y la ley del deseo, en *Piera Aulagnier et als. La perversión*, Barcelona, pags. 61-76, Azul Editorial, 2000.
- Couchoud, Th. (1986). Du refoulement á la fonction dénégatrice, en *Topique*, 1986, nº 37, pags. 93-133.
- Fonagy, P. (1999). Persistencias transgeneracionales del apego: una nueva teoría, en *Aperturas Psicoanalíticas* <http://www.aperturas.org/3fonagy.html>
- Fonagy, P. (2001). *Teoría del apego y psicoanálisis* Barcelona: Ed. Espaxs S.A., 2004.
- Fraiberg, S., Anderson, E., Shapiro, V. (1987). Ghost in the nurse: A Psychoanalytic approach to problems of impaired infant-mother relationships, en *Selected Writings of Selma Fraiberg*, Columbus-Ohio, University Press, 1987.

- Freud, S. (1909). La novela familiar del neurótico, Madrid, O.C. Vol. III, pags. 465 - 468, Ed. Biblioteca Nueva, 1968.
- Freud, S. (1913). Tótem y tabú, en O.C. Vol. II, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1968, pags. 436 - 437.
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*, Madrid, Ediciones Alfaguara, S.A., 1982.
- Kaës, R. (1993). *El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1995.
- Laing, R.D. (1960). *El Yo dividido*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- Lanouzière, D. (1961). *Histoire secrète de la séduction sous le regne de Freud*, Paris, PUF, 1991.
- Lyons-Ruth, K. (2003). La disociación y el diálogo infanto-parental: una perspectiva longitudinal a partir de la investigación sobre apego, en *Aperturas Psicoanalíticas* <http://www.aperturas.org/17lyons.html>.
- Moguillansky, R. (2003). Indicadores del cambio estructural en el psicoanálisis de la perversión, en *Psicoanálisis de APdeBA*, 2003, Vol. XXV, nº 1, , pags. 135 - 154.
- Odgen, T. H. (1986). *La matriz de la mente. Las relaciones de objeto y el diálogo psicoanalítico*, Madrid, Ed. Tecnipublicaciones S.A., 1989.
- Riera i Alibés, R. (2004). Introducción a la Edición Española, en Storolow R.D. y Atwood, G.E. (1992) *Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*, Barcelona, Ed. Herder, 2004, pags. 13 -20.
- Roudinesco, E., Plon, M. (1997). *Diccionario de Psicoanálisis*, Buenos Aires: Ed. Paidós, 2003.
- Schacter, D.L. y Buckner, R.L. (1998). Priming and the brain, en *Neuron*, 20:185-195, citado en Lyons-Ruth, K. (1999): El inconsciente bipersonal: el diálogo intersubjetivo, la representación relacional actuada y la emergencia de nuevas formas de organización relacional, en *Aperturas Psicoanalíticas* <http://www.aperturas.org/4lyonsruth.html>.
- Stern, D.N. et al. (1998). Non-Interpretative mechanisms in psychoanalytic therapy. The “something-more” than interpretation, en *Int. J. Psycho-anal*, 1998, 79, 903. Existe traducción española en Documentos de Trabajo del Programa de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica Relacional realizada por el *Colectivo GRITA* bajo la dirección del Dr. D. A. Avila y sobre un borrador del Dr. D. P. Cabezuelo.
- Wallerstein, R.S. (1986). *Los tratamientos psicoanalíticos: una perspectiva histórica*, Barcelona, Ed. Hogar del Libro, 1992.
- Weldon, E.V. (1988). *Madre, virgen, puta. Exaltación y denigración de la maternidad*, Madrid, Ed. Siglo XXI de España, 1993.

NOTAS

¹ Antonio Alejandro Tinajas Puertas es Psicólogo Clínico. Psicoterapeuta de orientación psicoanalítica. Trabaja en el *Centro de Psicología Clínica y Psicoterapia Auxanó*, Cáceres, España. Dirección de contacto: auxano@telefonica.net

² Léase “La memoria de mi nombre” de Giorgio Van Straten, Editorial Debate, Madrid, 2002.

³ A lo largo del presente se observará mi animadversión hacia este personaje, pero puedo decir con toda la tranquilidad del mundo que le odio profundamente. Es un odio actual e histórico cuya fuerza responde sin duda a la acumulación de odio que a lo largo de años y años se ha venido gestando y vinculando a esta figura de un modo absolutamente merecido. Me considero con orgullo el exponente y representante de tantas voces familiares acalladas por este miserable cuyo mayor delito no fue hacer el daño que hizo conscientemente sino ser mala gente y un auténtico cobarde -tonto muñeco de su propia madre- que pagó en sus hijos las venganzas destinadas a sus padres.

³ No sería justo obviar que el nombre completo de mi padre es Adolfo Arturo Jaime. Quizás porque su abuela Clara fuera muy devota del santo, o tal vez en honor del abuelo materno, Arturo, o bien por cualquier otro motivo. En cualquier caso también lleva el nombre del hermano primogénito –muerto- de su padre: Jaime falleció con tres ó quizás cuatro años. Me asaltan nuevas y terribles preguntas ¿por qué muere Jaime? ¿era acaso portador de un nombre imposible?; los motivos de esta muerte ¿qué determinan?.

En la Comarca de la Vera (Cáceres), y hasta tiempos muy recientes, existía una costumbre según la cual cuando fallecía un hijo varón (en el embarazo, parto o primerísima infancia) se solía engendrar inmediatamente

otro hijo que, varón en el mejor de los casos, “portaría” el nombre del hermano muerto. Con ello los padres trataban de reparar sus sentimientos inconscientes de culpa vinculados al fallecimiento del primero. La pregunta es si esta sobredeterminación del nombre del hijo (inevitable en todos los casos) no es aquí particularmente negativa al estar marcada por la muerte y sus corolarios afectivos. Uno empieza a vivir la vida ¿pero la vida de quién?

⁴ Al analizar hoy -17 de Marzo de 2005- con detenimiento el árbol genealógico que me ha enviado mi padre y que yo le solicité, observo, aunque tal vez se traten de simples errores u olvidos:

- a) en él no figura su hermano Arturo Tresmares Lamas (¿porqué se olvida de él?)
- b) los 6 hijos de mi padre aparecemos con nuestro nombre compuesto completo a excepción de su hijo primogénito -Adolfo Juan- que sólo figura como Adolfo (Juan en memoria de mi abuelo materno ¿para qué recordarlo?)
- c) los 6 hijos de mis padres aparecemos como hijos de su propia madre, Celia. Este posible *lapsus* sería coherente con la hipótesis de trabajo que mantengo desde hace años y que supone la transmisión, de generación en generación en mi familia, de un lazo afectivo de características perversas.

⁵ También, en las cuartillas que me envía mi padre, constato con satisfacción que aquello que recuerdo (nombres, órdenes en edades, nombres de padres, hijos y hermanos, fechas de los nacimientos y de las muertes, modos de morir, etc.) es exacto: es como si se hubieran ido grabando en mi memoria de una manera precisa. Sólo encuentro cuatro datos entre los folios de mi padre que yo ignoraba y que, sorprendiéndome, no refutan, más bien confirman las hipótesis de trabajo que vengo planteando:

- a) el padre de El Cruel se llamaba ¡efectivamente! Adolfo Tresmares.
- b) el primer hijo de El cruel no se llamó Adolfo, cosa sorprendente, se llamaba Jaime y murió con 3 ó 4 años, cosa no tan sorprendente porque de haber vivido yo no estaría aquí escribiendo esto. La historia familiar hubiera sido absolutamente distinta, supuesto que es en sí mismo absolutamente imposible. Al morir Jaime el primogénito dejó su lugar a Adolfo Tresmares, mi abuelo. Por otro lado resulta una escena trágicamente evocadora aquella en la que, aproximadamente veinte años después de la muerte de Jaime, Francisco (hermano menor que hubiera sido de Jaime en caso de que éste hubiera sobrevivido) se suicida colgándose del marco de la puerta del despacho del padre, habitación que físicamente estaba situada frente al “cuarto de San Jaime”, sin duda llamado así debido a que fuera habitado por el muerto y de ese modo el muerto seguía teniendo su habitación en la casa.
- c) El Cruel fue longevo. No sólo amargó la vida a todo aquel con quien mantenía un vínculo estrecho, sino que dispuso de mucha vida para hacerlo.
- d) Sólo Adolfo Tresmares Matesanz, de los 6 hijos de El Cruel, tuvo descendencia “oficial” (me vienen otra vez a la cabeza los 14 años que tenía el hijo de mi hermano -nieto único todo ese tiempo- cuando nació mi hijo Pedro). Sólo Adolfo Tresmares pudo vivir en Zamora hasta su muerte (3 hermanos suyos murieron precipitadamente y de modo dramático y los otros vivieron fuera, Celia en León y César por el mundo) si bien es verdad que también César tuvo una hija, Nuria Clarisa (Bea), que fue negada en consecuencia con el repudio familiar que cayó sobre su padre. Y también es verdad que César volvió a Zamora habiendo ya vivido. Él es el representante de la rebelión, de los que nacen en el lado oscuro del mundo y se empeñan en vivir a pesar de todo, y a pesar de todo dejan empecinadamente su semilla en la tierra, aunque para germinar tenga que buscar la tierra fuera del tiesto.

⁶ Es aquí donde cobra todo su sentido la interpretación del lapsus cometido por mi padre y que fue señalado anteriormente (ver nota nº 4-c)